

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

FERRO-CARRIL DE BUENOS AIRES AL PACIFICO

**VIA
PACIFICO**



**RUMBO: EL MAS DIRECTO
TRENES: LOS MAS RAPIDOS
SERVICIO: EL MEJOR**

**PRUEBEN EL
CHOCOLATE
NOËL**

POUJADE FRÈRES

MAIPU 439 — BUENOS AIRES

INTRODUCTEURS DE LA

CRÈME ELSA

d'un parfum délicat complètement indispensable de l'hygiène et de la beauté
EN VENTE CHEZ TOUS LES PARFUMEURS

Sapolio

Está expresamente fabrica-
do para limpiar objetos de
cocina, metales y madera pin-
tada.

UNICOS IMPORTADORES

JORGE BELL é Hijos

CALLE DEFENSA 649 — Buenos Aires



Loción Higiénica de Eucaliptus

DE

RUIZ Y ROCA

Proveedor de la Real casa de España y Privilegiados por S. M. el Rey de Italia con la especialísima distinción de poder usar sus reales armas.

Conserva el cabello y quita totalmente la caspa

Aprobada por el Departamento Nacional de Higiene y por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.

Recomendada por los principales médicos del país. Marca registrada en esta República, en la Oriental del Uruguay, en Francia y España.

Desconfiar de las imitaciones que nunca producen los mismos resultados que la especialidad legítima.

EXPOSICION INGLESA

FABRICA DE MUEBLES Y TAPICERIA

R. DIAZ y Cía.

636 - CUYO - 647

Buenos Aires



BAJO RELIEVE DE T. TASSO

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

REVISTA ILUSTRADA DE LAS
REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Buenos Aires (Rep. Argentina) Cuyo 657
Casilla Correo N° 602
Cooperativa Telefónica 4055

AGENCIAS PRINCIPALES
BRASIL: Rio Janeiro y San Pablo. — URUGUAY: Montevideo. — PARAGUAY: Asunción. — CHILE: Santiago y Valparaíso. — PERU: Lima. — BOLIVIA: La Paz. — VENEZUELA: Caracas. — ECUADOR: Quito y Guayaquil. — COLOMBIA: Bogotá.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Buenos Aires. Año \$ 18.— semestre 9.— trimestre 5.—
Prvs. Argent. " 20.— " 10.— " 5.50
Exterior..... " 30.— " 15.— " 8.—
Suscripción especial para "Profesionales" 5 \$ por mes
Número suelto 1 \$ — Número a rasado \$ 2 y 4

AÑO XIII BUENOS AIRES, 30 DE DICIEMBRE DE 1905 N.° 312

NUESTRO ANIVERSARIO

Con el presente número cerramos el año décimo tercero de nuestra vida periodística, y lo cerramos con la satisfacción que siempre produce el cumplimiento del deber.

Al volver la vista hacia atrás; al releer hoy nuestro artículo-programa, nos es grato hacer constar, que si hemos tratado de no desviarnos del propósito fundamental de LA ILUSTRACIÓN, procurando que sus páginas recogieran cuanto en el propio y en el ajeno hogar era digno de perpetuarse, el público ha apreciado debidamente nuestro empeño prestando su indispensable apoyo para la vida y desarrollo de tan costosa Revista.

¡Trece años! En este espacio de tiempo los principales literatos nacionales y extranjeros, nuestros primeros artistas engalanaron estas páginas, los unos con escritos reveladores de profundos conocimientos ó de imaginaciones ricas y exuberantes, los otros con dibujos y cuadros que patentizar debían, que en esta manifestación de la actividad humana tampoco permanecíamos estacionarios. Dióse cuenta el público inteligente de los sacrificios que tanta labor representaba y de ahí que día á día se robusteciera la vida de nuestra Revista alcanzando la vasta circulación que hoy tiene asegurada.

Bien quisieramos, en fecha tan señalada, rendir un tributo de gratitud á cuantos nos prestaron, en una forma ó otra, su valioso apoyo, y al publicar sus nombres contribuir á perpetuar nuestro cariñoso recuerdo. Mas son ellos tantos, que su simple enumeración, al demostrar lo que antes dijimos, llenaría un espacio de que por desgracia no podemos disponer.

Conste de todos modos, que á unos y otros enviamos, el público testimonio de nuestra gratitud, confiando que, hoy como ayer, seguirán prestando á nuestra empresa el inapreciable concurso de su inteligencia.

En mucho también ha contribuido al desarrollo de nuestra vida periodística la franca protección de la prensa, tanto de la capital, como de las provincias. Así los diarios de mayor circulación, como los no por modestos, menos amigos, nos dedicaron durante estos trece años frases de aliento que mucho agradecemos, y que comunicaban nuevos bríos á nuestra modesta labor. A todos y á cada uno de los periódicos nacionales y extranjeros enviamos en esta ocasión el testimonio de nuestra sincera gratitud.

Y al público, á este público selecto é inteligente que nos acompaña ¡qué le diremos! Que como siempre nuestros esfuerzos tenderán á que LA ILUSTRACIÓN, esté á la altura de su apoyo; y porque cada día crece el afán informativo; porque ensanchándose va el radio en que se mueven las publicaciones de la índole de la nuestra, hemos de acrecentar aún más nuestros esfuerzos para que estas páginas sean trasunto fiel de cuanto de notable se produzca no sólo en la Argentina sino en las demás repúblicas Sud-Americanas.

De los progresos realizados hasta ahora por LA

ILUSTRACIÓN queda en el presente número una muestra gráfica. Aquella revista nacida modestamente trece años atrás, se ha trocado hoy en empresa con local y elementos propios, de cuya importancia y valía se dará fácil cuenta el lector ya que se publica la vista de nuestros talleres.

Si como confiamos fundadamente, ya que de ello tenemos tangibles pruebas, no nos falta ni el apoyo del público ni el de la prensa; si como hasta hoy podemos contar con la valiosa ayuda de artistas y de literatos, bien podemos asegurar, sin pecar de inmodestos, que LA ILUSTRACIÓN se robustecerá aún más cada día y logrará ponerse al nivel de las revistas más solicitadas del viejo y del nuevo mundo.

LA DIRECCIÓN.

CAUSERIE BONAERENSE

Dá el Cuerno de la Abundancia
De mil dádivas repleto:
Los dones, para los menos,
Y para los más, el cuerno!...

Pluma había de ser y bien tajada, la que logra se pintar la agitación y el movimiento de Buenos Aires durante los diez últimos días de este año, ya casi sumergido en el insondable abismo de la eternidad, como diría cualquier poeta, por poco que se estimase, aún sin tener parte en ninguna empresa de Pompas Fúnebres.

Y no se hablaba más que del millón! Del millón que la Beneficencia arroja deslumbrante al público en juego de azar, para que piadosamente se realice aquello de: «el señor don Juan de Robres—con caridad sin igual—hizo este santo hospital—más también hizo los pobres».

Las demás loterías de menor cuantía, que nos sacan los cuartos en todas las semanas del año, no hacen á los pobres. Carta de más, carta de menos, allá se va un peso en cualquiera cosa. Pero la del millón, si que hace á los pobres. Allá se va el ahorro de las familias en busca de aventuras...

Como que no es poca cosa acostarse misero y triste y amanecer millonario, como quien pasa de la noche al día sin crepúsculos paulatinos.

Tener una probabilidad ó un décimo de probabilidad entre centenas de millares, ¿no es tener un mundo de esperanzas? ¿Hay nada tan pegadizo y tan ancho como la esperanza?

—Y por qué no me había de caer á mí el millón? ¿No se lo sacaron en otra ocasión unos vascos lecheros?

—Así es la verdad. Ahí tienen ustedes á las chicas de Fulanos que apenas la pasaban cosiendo para afuera; hoy miembros de varias sociedades é infaltables en los corsos, desde que les cayó nada más que la de 80 mil.

Y, á romper alcancias y exhumar económicos tapados, destinados á cosas necesarias, como el calzarse y el vestirse y el ponerse en limpio, para perseguir el décimo, que acabe en impar y mejor aún en trece, abriendo la puerta á las esperanzas, á las ilusiones, á los castillos encantados—cuan cierto es que: «muchos con la esperanza—viven alegres—y muchos los borricos—que comen verdes».

Valgan verdades. ¡Nosotros también comemos verde y buscamos el millonaje, aparentando desdeñen y ostentando moralidad social!... ¿Qué mundo tan mentiroso el que alcanzamos en este año que ya está, como lo dijimos al principio, tomando de los cabellos al poeta y á las pompas fúnebres inocentes!...

Y es claro, todo Buenos Aires se agitaba en la mañana del 23. El verde de la esperanza había tomado todos los matices hasta el verde rabioso. ¿Qué de buenos propósitos! ¡Admirables arranques de generosidad y filantropía! ¡Quién pensaba en llevar ofrendas al Santuario de Luján, quién en repartir

el 5 % en donaciones á los asilos; quién en fundar una asociación destinada á no previstos deberes de beneficencia!...

¿Cómo hace creyentes y buenos y virtuosos la esperanza de la riqueza! ¿Cómo no hay ateos en la víspera y en el día de la extracción de aquel millonaje que hace soñar dormido y divagar despierto!

Dicen que el oro es vil, eso decían á lo menos los poetas de tiempos menos positivistas. Echénle en los nuestros un galgo á tal vileza. Quevedo decía: «todo lo que no sea andar en coche, es andar á gatas». Y yo digo: «todo lo que no sea tener millones, es hacer el oso en el mundo y tragar penurias antes de irse al otro».

¿Qué cosa se resiste á los millones? ¿Qué altura es inaccesible con escalas de dinero? En la aristocrática cámara de los lóres de Inglaterra, ya entran los judíos. Rothschild les abrió la puerta. Kirsh hubo de fundar una nueva nación judía comprando enormes islas, contrariando la sentencia de la iglesia que declaró por siempre vagabundos á los hijos de Israel.

¿Y en la democracia no hay reyes de esto, aquello y lo otro? ¿No se adquieren bancas de diputado y senador mediante ese vil metal ó ese pingoso papel moneda? ¿Cómo se fabrican presidentes en la patria de las águilas norteamericanas? ¿Qué rico no es presidente de algo? ¿Qué ojos divinos no se abren con avidez á la presentación de un potentado? ¿Qué labios de coral no le sonríen? ¿Qué muchacha deliciosa no quisiera unir su destino, como dice la zarzuela: «Con un hombre millonario aunque fuese un animal?»

Pues, he ahí por qué Buenos Aires se mantuvo en agitación durante los últimos diez días.

Cuando pasaron las ilusiones dejando su puesto al desencanto, cuando del Cuerno de la Abundancia, que los latinos llamaron cornucopia de cornu, cuerno y copia abundancia, solo les quedó la primera parte, entonces estrujando el mismo papelito que adoraban antes, buscaron la resignación festejando de la mejor manera posible la noche buena. De una creencia material á otra mística. No se puede vivir sin creer, porque no se puede vivir sin esperar. Quién nada espera, nada ama y el mundo sin amor es un erial inhabitable, como diría cualquier filósofo cursi.

Pues en la noche se lucieron los almaceneros, fiambrosos, pasteleros y otros eros. El descanso dominical habíalos obligado á cerrar durante el día las puertas; pero el domingo cesaba á las doce de la noche, y á las doce de la noche abríronlas de par en par, se iluminaron á giorno, se colgaron de papelitos picados, de farolitos chinos y de ramas frescas, dando á los despachos de víveres un aspecto de fiesta y de infantil frescura, dignos del recuerdo de Jesús, de la cueva de Bethlehem, de los pastores de la comarca y de los famosos reyes magos.

Admirable estómago el de Buenos Aires. A la una de esa mañana, no quedaba de los centenares de pollos y de las islas de pan dulce, ó como dicen los hijos de la bella Italia, hermanos de Don Garibaldi, di tutte quelle isole di panettone, no quedaba ni rastro en los centenares de despachos abiertos en la gran ciudad.

¿Qué masacre de pavos! Los infelices colgaban implumes y por docenas balanceándose al suave soplo de las brisas pascuales matutinas. Cantidades de salame gordo, de jamones emperijillados, de salchichón, etc., etc., colgaban de las techumbres como en las cavernas encantadas las estalactitas; pero cayeron de aquí y de allí las gentes que llenaban antes los teatros, los circos, los café-conciertos y dejaron todos esos inmensos arsenales de vitualas lo mismo que si hubiera pasado por ellos la langosta.

Decididamente las fiestas abren diferentes apetitos: de comer tonterías é inconveniencias, el carnaval; de hacerlos aristócratas estirados y tie-

sos, el corso de las flores y todos los cursos: de darla de ingleses ó anglosajones los *five o'clock teas* y los sports, y de engullir y atracarse de cuanto Dios crió, la pascua del Niño Jesús, será seguramente recordando que ni la hermosa Virgen María, ni su amable esposo el buen José, cenaron esa noche, porque los pastores no les llevaron ni un jarro de leche, ni un panecillo de manteca y los reyes magos se contentaron con ofrecer á la sacra familia, mirra, incienso y otros olores, convenientes para desinfectar el establo; pero no para aliviar el estómago.

A propósito de estas fiestas. Mostráronse animadimas las primaverales del Parque Lezama. ¿Que aire tan delicioso se respiraba en las avenidas frondosas que la luz eléctrica tornaba fantásticas! El perfume de las flores y de ciertas plantas, el musgo humedecido adrede embriagaban, lo mismo que la tierra que exhalaba un ambiente delicioso, tantas bellezas en traje vaporoso, y tanta elegancia y tantas cosas buenas que despertaban pensamientos, ansias, propósitos en que toman parte á una, los ojos del cuerpo y las fibras del alma, dando el caso de que el alma tuviera fibras, porque todo es un á modo de decir.

En fin, venga el año nuevo, que nos trae no el millón de la lotería, sino otra mayor lotería que se jugará en toda la corriente del año, la lotería de las esperanzas.

Espera hermana, espera
Dice á la flor el aurilisonjera.
Yo con la angora te traeré mañana
Flores y radiante gota de rocío...
Y la flor mística con serena frente
Mira morir el sol en occidente.

Peor es desesperar y mortificarse por adelantado....

Lectores, feliz año.

BROCHA GORDA.

LA MANO DE DIOS!....

(PARA LA «ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA».)

A Juan Canter y Alejandro Rosa.

....Corrían los tormentosos días de Junio de 1852 precursores del glorioso «11 de Septiembre» que conmemora en Buenos Aires la gran plaza en que se levantará algún día la estatua de «MITRE EL GRANDE», protagonista de esta anécdota.

La Cámara de Representantes de la Provincia había rechazado el famoso «Acuerdo de San Nicolás» suscripto el 31 de Mayo por Urquiza y los gobernadores de las provincias. En la memorable sesión del 21, Mitre, miembro de ella, había alzado, el primero, su autorizada palabra, para combatir el tratado. «Aún cuando la elocuencia bajase en lenguas de fuego sobre las cabezas de los oradores que llenan este recinto», dijo, «ningún poder tendría sobre mi conciencia, ni para afirmarme en mi juicio, ni para comoverlo, ni para modificarlo».

Y el gran tribuno, con palabra inspirada más potente que la voz de los cañones que hiciera tronar otrora por la libertad, pulverizó la obra en que Urquiza cifraba todas sus esperanzas de predominio en el escenario político de la República que acababa de arrancar de las garras ensangrentadas de Juan Manuel Rozas.

Aquel discurso, aquella bravísima actitud independiente, aquella noble decisión del defensor de Montevideo, del artillero de Caseros, del tribuno del pueblo, del apóstol, de su libertad y derechos reivindicados días antes y ya nuevamente en peligro, sublevó las iras de Urquiza, las tremendas iras del autócrata señor de Entre Ríos, del vencedor en Pago Largo, Venise é India Muerta, del Tamerlán de las campañas correntinas, en cuya frente la pluma viril de Mantilla, mojada en sangre de mártires, ha puesto marca imborrable....

Sabiendo en la tarde del 23 que Urquiza había ordenado la disolución de la Legislatura, asumido dictatorialmente el mando de la provincia y dispuesto su prision y destierro, así como de Vélez Sarsfield, Ireneo Portela, Pedro Ortiz Vélez y uno de los redactores del diario *Los Debates*, D. Manuel Toro y Pareja por el delito de haber luchado con la palabra para evitar el resurgimiento del despotismo, todos los cuales debían ser embarcados á bordo del buque de guerra «Merced» y alejados de la tierra amada en castigo de su amor á las instituciones, transmitió Mitre esta novedad á su noble compañera, la señora Delfina Vedia de Mitre, hija,



hermana, esposa y madre de patriotas, á quien uniera sus destinos teniendo por altar las trincheras de Montevideo y por marcha nupcial el estampido de sus cañones y el estridor de sus clarines de guerra....

Bartolito ha pintado de mano maestra en estas líneas de su página más personal y característica las angustias de aquellos memorables días, página que provoca la risa de los superficiales, pero que hace llorar por dentro á los que sienten hondo: «Tan bueno para un barrido como para un fregado» lo mismo que de grande, á los cinco años sabía yo recorrer las casas del barrio ofreciendo en venta prendas de que en la mía necesitaban deshacerse para hacer la comida.

No lo extrañe Vd. señora. Era moneda corriente en aquellos tiempos de mucha gloria, pero de muy poco dinero, muy distintos de los actuales en éste y otros conceptos.

Viera Vd., sin embargo, lo ancho que se ponen los de la época al recordar que vivieron y actuaron en ella, siquiera fuese vendiendo prendas ó yendo á las compras, cuando había con que hacerlas, como éste su seguro servidor. ¡Cosas de los de estas tierras, señora, por cuyas venas corre la fantástica sangre de Don Quijote!

«Mi madre—Dios la tenga en su guarda—era una

«dama del tenor siguiente: linda como ella sola, hija de un patricio, hermana de mártires, se casó, cuatro años antes de que yo viniera al mundo, con un jóven oficial de artillería, después muy mentado, por lo que no perderé el tiempo en presentárselo.

«El tal oficial acometía versos entre cañonazo y cañonazo, y ya puede Vd. imaginarse el aceite que daría aquel ladrillo para la porotada, primer número del menú defensor, dicho sea sin mengua del pirón, su ilustre compañero.

«La paga llegaba tan lentamente como rápida se iba entre el almacenero y otros proveedores, y no había que pensar en comer plomo, pólvora y cebas en los días en que la ración militar andaba escasa, por lo cual, no teniendo más fé mi madre en el poder nutritivo de la poesía y no siendo la

«artillería de mi padre de las de tiro rápido que en tiempos más adelantados han dado en tierra con uno ó más bancos en un abrir y cerrar de ojos, se ingenió la digna señora para purificar la grasa, que solía venir bastante averiada, engordar artificialmente la carne flaca y economizar las rajadas de leña para cambiar las sobrantes por otros artículos de primera necesidad.

«Bajo tan grandes y chicos auspicios, en aquel hogar en el cual la escasez parecía abundancia y lo viejo nuevo, bajo discretísima dirección, se deslizaron mis primeros días el suave calor del ala maternal, mientras la paternal se veía obligada á cernirse sobre otros campos, requerida por destinos más altos y combatida por encontrados vientos.

« Por fin Oribe y compañía se fueron con su ingrata música á otra parte, y aborriendo Caseros, los del gran sitio tomaron el rumbo de sus luces y mi padre entre ellos. Sucedió lo que tardaba ya en suceder: el tirano se fué también á Europa, por no irse á otra parte, como diría Juan Cruz Varela, y nos vinimos todos á Buenos Aires (1)..... »

Se explica, pues, fácilmente, el estado de ánimo de la amante esposa en conocimiento de la terrible noticia. La victoria de Caseros hizo concebir á la noble dama esperanzas de paz, de reposo, de días mejores; pero los sucesos quebraban brutalmente sus ilusiones más caras: volvían las horas de peligro, de persecución, de destierro, de combate. Como el hijo pródigo de la leyenda, ella no tendría momentos de descanso, de paz, de tranquilidad en tanto no lo tuviera el elegido de su corazón á quien la tiranía le negaba piedra en que reclinar la cabeza.....

**

Y dando la última mano al arreglo del equipaje más que modesto, pobrisimo, del desterrado, en aquella salita de la estrecha casa que les brindara amoroso techo, sita en la calle de *Las Piedras*, ahogando sollozos y bebiendo lágrimas, no podía sepultar en el pecho todas sus angustias y lanzó una queja, una sola, porque la suprema amargura la hizo incontentible.

« ¡Qué desventura la nuestra! ¡Qué amargo desengaño el mío! ¡Qué via-crucis tan dolorosa nos depara la fatalidad de nuestra vida!..... ¡Caseros me hizo olvidar las torturas pasadas: la escasez, que fué miseria, el peligro de todos los días, la angustia de todos los momentos, la tremenda obsesión de varios años vividos, si así puede vivirse, entre la muerte, el hambre, la desnudez y el horror de una batalla interminable! ¡Una década de espanto diario, sin tréguo! ¿puede, acaso, compensarla un descanso de tres meses?..... »

Mitre, que paseaba silencioso la estrecha sala que le servía á la vez de dormitorio, sala que daba á la calle, cortó la hilación de sus pensamientos, de sus hondas reflexiones que le abstraían substra-yéndole á la realidad de aquel momento, y movido á justísima condolencia por aquella protesta de un santo dolor de madre y de esposa mártir, con la misma voz tranquila, mesurada, que nada alteró jamás, ni la suprema emoción de la apoteosis glorificadora, ni la impresión del peligro en la batalla, pero que yo oí sollozamente y quebrada en una hora inolvidable hablándome de sus hijos muertos, la dijo: « Tienes razón, Delfina, en quejarte. Tu destino ha sido cruel. Has participado por mi culpa de todas las amarguras, de todos los pesares, de todas las desgracias que han afligido los días de la patria. Como la suya, tu vida de madre y de esposa amante, ha sido un martirio. Pero..... ¡Confía en Dios!..... Como no es dado á los bárbaros perpetuar su dominación ni su imperio, ya tendrán término con su caída nuestras desgracias; y la felicidad, la santa felicidad del amor compartido por nuestros corazones y nuestras almas, será la recompensa de todos tus dolores pasados y presentes. Un porvenir venturoso nos espera. Lo ha labrado mi fé en la justicia, fortalecida por tu abnegación sin ejemplo. Sé fuerte como hasta aquí, Delfina; y, no olvides, en un momento de debilidad indigno de tu grandeza de alma, que la mía necesita ser confortada en la adversidad por la santa resignación de la tuya ».....

« Esto no puede perdurar..... Por mí, te declaro que la única positiva pena que me acompaña al destierro á que me somete la prepotencia de un caudillo ensoberbecido, es la circunstancia de dejarte sola, abandonada, si bien creo que por poco tiem-

po, sin los recursos para satisfacer tus necesidades y las de nuestros inocentes hijitos ».....

« Pero con todo, hija mía, voy tranquilo al destierro..... Una voz interna me alienta. Tengo profunda fé en la Provincia y..... ¡recuérdalo, Delfina!..... tú, como yo, sabes, que Dios no abandona jamás de su mano á los que son buenos y sufren persecución por la justicia!..... »

**

Tres golpes resonaron en la vidriera que en aquel momento castigaba el viento, tres golpes aplicados, al parecer, por los nudillos de una mano varonil..... La noche era oscura y la situación violenta por las circunstancias políticas en que se hallaba la ciudad mártir, inclinaba el ánimo, naturalmente prevenido y acongojado, á sospechar celadas, á inferir acechanzas cobardes.....

La noble dama abandonando la tarea que la ocupaba levantó su hermosa cabeza, y viendo á su esposo que se dirigía rápidamente á la ventana, adivinó sus propósitos y, asustada ante la idea de un peligro posible, pidió angustiosa, con voz de ruego indefiniblemente entremezclado de imperiosa demanda: « ¡No abras!..... »

El coronel Mitre, desdenando ruegos y peligros, abrió con decisión..... En el fondo oscuro de la calle se diseñó confusa, sirviéndole de marco el de la ventana abierta, una forma humana que apenas se destacaba de las sombras que la velaban: A la interrogación enérgica de ¿quién?..... respondió algo que golpeaba el pecho del proscrito, y caía, produciendo un ruidito metálico al chocar en el piso á tiempo que una racha violenta sacudía la luz de la lámpara á punto de apagarla.....

Instintivamente cerró con fuerza la hoja; levantó el misterioso bulto, y arrancadas las ligaduras que le sujetaban, aparecieron ante sus ojos asombrados cincuenta relucientes onzas de oro..... ¡Una fortuna en aquellos días en que abundaba la gloria tanto como escaseaba el dinero!

¡LA MANO DE DIOS!.....

**

No se pudo averiguar jamás quien fuera el incógnito auxiliador que en momento tan oportuno, providencialmente diré, cubría de los horrores de la miseria el austero hogar del proscrito que jugaba todo, la vida propia y la paz de los suyos, al interés, á la gloria, á la dignidad de su pueblo.....

Pero como creo que las buenas acciones, las que honran y ennoblecen á la humanidad, tienen su premio y recompensa en la gloria de ejecutarlas, el que en aquella noche memorable la practicó tan noblemente como no lo puede ser más, la ha tenido amplísima; y no importa que su nombre permanezca ignorado en tanto no lo sea su hermoso, sugerente y ennoblecedor ejemplo.

Mitre marchó al destierro más tranquilo, y su Delfina sintió más confortado su ánimo para sobrelevar las desventajas que la situación le creaba. ¡Tenía pan para sus hijos!..... ¡El fantasma aterrador del hambre á que diera vida la prepotencia brutal de un caudillo ensoberbecido, que la mano de Mitre abatiría en *Parón*, desaparecía ante el conjuro de la gratitud popular, personificada en un hijo del pueblo, inspirado á una nobilísima acción y conducido á ejecutarla por la mano del Dios que vela por los buenos!.....

**

¡Cuánta enseñanza se desprende de este episodio tan torpemente relatado!

Tanto cuanto más lo medito, tanto más aprendo y siento; pero me desespera y abruma la incapacidad de trasladar al papel las ideas que me sugiere y los sentimientos á que me mueve.

Que cada uno de mis lectores ausculte su corazón y me comprenda! ¡Si su corazón no siente emo-

ciones supremas, si sus ojos permanecen secos, infeliz de él!

En momentos de terminar tan mal perjeñadas líneas ennoblecidas por la grandeza moral del caso que revelan, mil niños argentinos ruegan á Dios por la vida angusta de Bartolomé Mitre EL GRANDE..... Corro á arrodillarme con mi esposa y mis hijos en el templo de mi hogar, á rogar á Dios por que salve á la Patria Argentina de la horrible desventura que la amenaza y á pedirle también que su bendición glorifique los días de los seres felices que lleven el nombre y la sangre del generoso y noble, tanto más noble y generoso cuanto ignorado, benefactor del fundador de nuestra nacionalidad en aquella amarga y luminosa noche del 23 de junio de 1852!

JOSÉ J. BIEDMA.

Buenos Aires, diciembre 15 de 1905.

Dr. F. SUGHIMURA

NUOVO MINISTRO JAPONÉS



El día 23 del actual, y á bordo del «Città di Milano», llegó á nuestra capital este distinguido diplomático japonés. Le acompaña en su calidad de Secretario de la legación, el joven Sr. A. Miura que por haber permanecido varios años en Madrid, habla correctamente el español.

El Dr. Sughimura es un hombre joven aún, que delata en su mirar su vasta ilustración. Ha desempeñado en su país importantes cargos, entre estos el de Director de la Sección Comercial del ministerio de Relaciones Exteriores. Desempeñando este puesto, del que dependen los cónsules japoneses en el extranjero, pudo darse cuenta de los progresos de la América del Sud y especialmente de la República Argentina, cuyo desarrollo admira; y creyendo provechosa una inteligencia comercial entre los dos países, al nuestro ha venido con la misión especial de estudiar el modo de llevar á la práctica lo que por ahora no pasa de simpático proyecto. Cree el nuevo ministro japonés que poseyendo ambas naciones productos exportables, será fácil establecer un provechoso intercambio.

Al desear que los empeños del distinguido diplomático se vean coronados por el éxito, le enviamos nuestro más respetuoso saludo de bienvenida confiando que habrá de serle grata su permanencia en la Argentina.

TUTOR ACELERADOR ORGÁNICO *
* RECONSTITUYENTE *
* * * * * DEPURATIVO *
LA CURA DEL TUTOR EN PRIMAVERA Y OTOÑO
SANA Y PRECAVE DE LAS ENFERMEDADES
* VERBA ES LAS PAJARRAS *
Pídase folleto al Concesionario Sr. Dr. PISCIONE MONACO
CALLE CORRIENTES 601 - BUENOS AIRES

(1) Autotipia, de B. Mitre y Vedia, dirigida á Mme. Clemence Malaurie, directora de la « Revista Ilustrada del Río de la Plata ».

ENERO

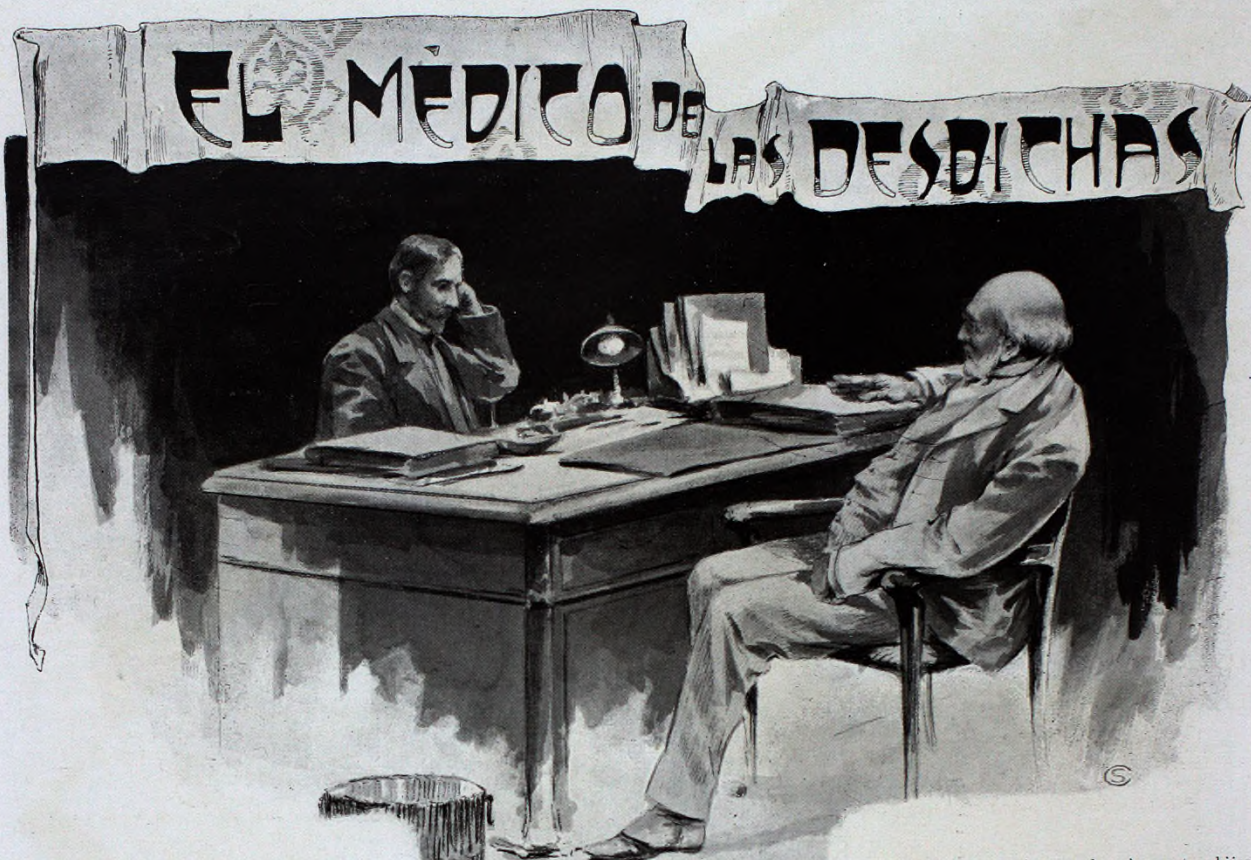
1

Lunes

TARJETA POSTAL
REPÚBLICA ARGENTINA

Al lector.
Que durante el año que comienza
empieza se entreguen en realidad sus
esperanzas.
Estos son los votos que para V. formula
La Ilustración
31 de diciembre de 1905.





Llegué una vez á.... pueblo perteneciente á una de nuestras provincias mediterráneas, y pronto llegó á mis oídos la fama del *Médico de las desdichas*, un doctor que sin jarabes ni menjures, y, lo que es mejor aún, sin cobrar honorarios, sanaba, y cuando no, aliviaba las dolencias del alma.

Despertada mi curiosidad, muy luego averigüé que el reputado médico era un hombre muy leído, muy sabio y muy rico. Soltero había llegado á los 70 años, y no sabiendo en qué emplear las horas que el estudio le dejaba libres había resuelto, y de esto hacía ya más de veinte años, dedicarse á la curación de enfermedades morales, estas dolencias que los demás galenos fingen no ver ó no aciertan á comprender.

Desearo trabar conocimiento con tan interesante personaje, hícime presentar por un vecino del pueblo. Llegados á la casa nos hicieron pasar á una espaciosa sala-biblioteca interin avisaban al doctor que en aquel momento se estaba desayunando.

Algún tiempo tardó el buen señor en presentarse, tiempo que empleé para ir leyendo el título de algunas obras que en la biblioteca figuraban. La Sagrada Biblia, Sócrates, Kempis, Confucio, Lafontaine, Santa Teresa, Platón, Juan de Ávila, Las Trescientas, Bidpay, Andersen, etc., etc., todo revuelto sin orden al parecer, pues al lado de un libro de austerísima moral se hallaba el Bertoldo, Bertoldino y Cacasenno, por ejemplo; y junto al regocijado Don Quijote, La Política de Dios del inmortal Quedo. ¿Quién era el propietario de tan abigarrada librería?

Por fin apareció el doctor. Era un hombre de agradable rostro y mirada viva y penetrante, de correcto porte y limpiísimo traje.

Después de los naturales saludos, y como si hubiese visto que le esperaba curioseando en su biblioteca, me preguntó:

—¿Es usted aficionado á libros?—Y á mi afirmativa respuesta añadió:—Estos que usted ve son mis autores favoritos; son, si no se burla de mi

aserto, mis libros de texto. En ellos encuentro siempre, ó casi siempre, la receta necesaria para aliviar males ajenos. Usted, forastero, querrá saber por qué en el pueblo, no en el pueblo, en la comarca me apellidan el «Médico de las desdichas».

—Es verdad. Hallo el apodo tan significativo y á la par tan enigmático....

—¿Enigmático? No hay tal enigma, amable desconocido.

—Sin embargo, usted cura.

—Algunas veces.

—Los otros médicos pronostican, diagnostican, recetan.

—Y yo también, con la sola diferencia de que mis recetas, no se despachan en ninguna farmacia. He estudiado al linaje humano en un vastísimo hospital llamado mundo, tengo regular memoria para recordar no sólo las enfermedades sino el nombre de los pacientes, y en último caso recorro á mis textos, y casi siempre doy, ya que no con la pócima, con el remedio curativo.

—Confieso que no acierto con su sistema.

—Una breve explicación le bastará, mejor dicho relataré á Vd., callando nombres, dos consultas de ayer. Un hombre, como de unos 40 años estaba desesperado. Acababa de perder en un mal negocio casi toda su fortuna, y á mí vino en busca del remedio que alejar podía de su mano, el arma suicida. Le hice contar detalladamente su actual si-

tuación: tiene mujer que le quiere y tres hijos que son tres ángeles: resultado que perdió un bien, fácil de recobrar, mientras le queda lo que muchos no tienen y envidiarían. Con estos datos tuve lo suficiente para hacerle comprender que lo material no vale lo moral, y á fin de sacudirle con más energía le recordé que su compadre fulano de tal perdió hace pocos años su hacienda, y á poco la compañera de su vida; de suerte que comparado mi hombre con el otro resultaba no desgraciado, sino feliz. No sé cuanto tiempo hablé, unas dos horas quizás; más lo cierto es que al salir de este aposento me dejó, tal vez como prueba de su curación, este hermoso revólver Smith que Vd. ve sobre mi mesa.

La otra persona que á mí vino era una mujer que no podía, que no puede aun, dice ella, desterrar la tristeza que la domina. Viuda muy joven, cree que ya el mundo no guarda encantos para ella y en sus nocturnos solloquios le ha pedido á Dios, varias veces la muerte. ¡Infeliz! Píde á Dios la muerte y fantasea sobre lo real, la vida. Esto como Vd. ve no tiene nada de extraordinario, pues son muchos, muchísimos los mortales que olvidan que Dios, es quien conserva la vida y quien dispone á su antojo de los mortales. Hice comprender á la buena señora que siendo lamentable su situación, no tiene nada de particular. Es joven, tiene salud y trabajando, su subsistencia asegurada; cuántas mujeres tras muchos años de matrimonio, no siempre feliz, quedan viudas y enfermas, pues los achaques son propios de los años, é imposibilitadas para ganarse el sustento! No tuve que forzar mucho la memoria para traer á la suya, á fulana y á zutana que se ven obligadas á penosísimos trabajos para llevarse un pedazo de pan á la boca, y á mengana que, muerto su marido, tuvo que ingresar en el hospital por enfermedad contraída al asistirle. Y después de probarle con citas y recuerdos que en sus dolencias lo imaginario superaba á lo real, la recomendé confianza en Dios que siempre al causarnos lo que estimamos un mal pone la medicina al alcance de nuestra mano.

—De suerte que....

—Mi ciencia curativa se reduce á lo siguiente: aconsejar paciencia cristiana y conformidad en Dios, y cuando el dolor parece querer vencer á uno de esos enfermos, lograr que en vez de mirar hacia adelante, mire atrás y en redor. La vista de miserias más hondas, más terribles, más espantosas logra no pocas veces hacer renacer la confianza en Dios y entonces nuestras desdichas no se estiman tan irremediables.

Después de lo que he dicho se explicará el por qué de mis textos. Necesité, y á veces necesito aun, estudiar mucha filosofía, y ésta se halla no sólo en Santo Tomás, y en Sócrates, en Confucio y en Kant sino en novelistas y fabulistas. ¡Cuántas veces un cuento bien narrado mitiga un pesar ó enjuga una lágrima!

Aun duró algún tiempo más nuestra conversación, y al acompañarnos hasta el umbral de la puerta agregé como síntesis de todo lo hablado:

—Como desde que lo leí no olvido que

iba otro sabio cogiendo
las hierbas que él arrojó

trato de curar ajenas desdichas mostrándole al enfermo desdichas mayores.

R. MONNER SANS.

SONETO

A LA ARGENTINA

Hija de España, gran dominadora,
De ella heredaste las hazañas grandes,
Y desde el Plata undoso hasta los Andes,
Dó el cóndor vuela, vives triunfadora.

Hiera el plectro mi lira, y tú, señora
De la gloria, su senda no desandes:
Como tus hijos á la lucha mandes,
Serás siempre en la misma vencedora.

Suene la épica trompa de la fama,
De tu escudo ante el sol, ancha lumbrera,
Sublime del laurel junto á la rama.

Mientras mi pecho, con pasión sincera,
Gozoso admira, de su amor en llama,
La hermosura del cielo en tu bandera.

GABRIEL PRATS.

LOS AGUINALDOS

Dar ó recibir aguinaldos es la cosa más sencilla y más corriente; preguntádselo, si no, á los niños. Estos ni imaginan que tal costumbre pueda pasar de moda. Y quizás tengan razón, pues una moda que cuenta la friolera de unos tres mil años, nada tiene de caprichosa y efímera. Si la humanidad debiera cansarse de ella, hace ya mucho tiempo que llegara el cansancio. El origen del aguinaldo, así sea hebreo ó persa, griego ó romano,



en fuerza de su antigüedad, tiene visos de intangible. Sin embargo, esta carencia de precisión no anda exenta de nobleza. Los más antiguos latinos daban ya aguinaldos en las calendas de enero. Los sucesores suyos opinaron que tales regalos eran insuficientes, y reclamaban otros para la fiesta de las divinidades principales, Minerva y Saturno. Fué menester que Tiberio redujese la distribución

de aguinaldos á la inauguración del mes consagrado á Jano. En la edad media, cuando el año comenzaba por las Pascuas, los aguinaldos se daban en 1º de enero.

Una rama de verbena, higos, dátiles, miel blanca, constituían todo el lujo de los aguinaldos en la Roma primitiva. Luego vino el dar monedas, so pretexto de que «el dinero tiene la dulzura de la miel». Medallas, lámparas de metal, discos de barro cocido ó de cristal en los cuales aparecían grabados los votos de año



feliz, eran ofrendas corrientes. A comienzos del siglo XV el duque de Orleans encargaba, para sus familiares, objetos de joyería y diamantes: sabemos que el importe total de estas dádivas se elevaba á muchas decenas de miles de francos. Al mismo tiempo, el conserje de uno de sus palacios recibía veinte docenas de quesos de Brie. En 1788 procurábanse para aguinaldos naranjas de Malta, frascos de *sagesse*, frascos de rosa para uso de las mujeres en su decadencia, y, sobre todo, frascos de amor, cuya propiedad consistía en volver sensibles los más indiferentes corazones.

En otro tiempo, los clientes llevaban aguinaldos á su patrón, y los simples ciudadanos, al príncipe. Calígula pasaba un día entero en el vestíbulo de su palacio, á fin de reunir una colecta de aguinaldos más abundante. Los escolares romanos debían pagar, también, aguinaldos á sus maestros. De esto hablan Ovidio y San Jerónimo. Igual costumbre



existía durante el siglo XVI en Nimes. Aún en tiempos próximos á los actuales, más de un maestro de pueblo recibía de sus alumnos frutas secas y un pilón de azúcar. Durante el régimen antiguo, los funcionarios públicos recibían aguinaldos anuales de sus administrados; Necker se puso en contra de tales prácticas, y en noviembre de 1789, á propuesta de Lebrun, un voto de la Constituyente los suprimía.

Bien se deja entender que, por medio de aguinaldos de esta especie, los inferiores trataban de conquistarse la buena voluntad de sus superiores. Esta idea de los aguinaldos nos desconcierta bastante en la actualidad. ¿Qué decir del juicio que sobre ellos emitía la Iglesia de la Edad Media? Los calificaba con dureza por el abuso que ciertas clases sociales habían hecho durante dicha época del arte de pedir y de la lenidad en conceder. El Arcipreste de Hita, en España, y el cronista Despleaux, en Francia, traen sabrosos comentarios acerca de lo mucho y mal que se daba y pedía al sobrevenir Año Nuevo, en el siglo XIV. Mauricio de Sully, Arzobispo de París, en el siglo XII, exclamaba en un sermón célebre: «La avaricia es quien esparce

y mendiga los aguinaldos: cada cual está cierto de que no obtendrá riqueza alguna durante el año como no reciba aguinaldo el día primero». Estas supersticiones eran antiguas, pues ya amedrentaban á los contemporáneos de San Agustín. Estos no se atrevían á prestar nada en día de año nuevo, ni aún fuego del hogar. Prestar, traía desgracia; dar, comunicaba suerte. Así, en la noche que precedía al 1º de enero, cuidaban todos de poner delante de la puerta respectiva mesas cargadas de viandas. El transeunte se servía de aquello á voluntad. Amontonábanse allí un sin fin de manjares. Tales aguinaldos eran el único medio de asegurar á la casa, para todo el año, una abundancia parecida.—G. D. F.



Al dulce arpegio
del cantor del bosque
cesa la fronda
su rímar extraño,
y el viento arrastra
con nerviosos giros
pétalos rojos.

Vuelve á su nido la torcáz inquieta,
la golondrina al silencioso alero;
teje su red de transparentes hilos
débil araña.

Y el trovador de los vibrantes cantos
pula su lira de cordage de oro,
y al blando arrullo de armonioso giro,
Eros, despierta.

¡Cantad! ¡Cantad! que con sus niveos tules
llegó la maga que á la sangre incita
á disfrutar, entre sensuales goces,
plácido ensueño.

Jóvenes bellas de incitantes formas,
americanas de mirar radioso,
prended, con redes de nupciales flores,
al Niño Errante!

El goce es vida, perdurable encanto
anima al triunfo de la sangre roja;
huyen las penas y derrocha el alma
locos placeres.

Entre la copa de cristal chispea
el jugo de oro de la vid frondosa,
y sueña el alma en la embriaguez mas pura
goces extraños.

En el deleite de pasión sublime
triumfales himnos al placer ensayan,
los que inmolaron, en honor de Venus,
flores de lirio.

Y al beso ardiente de amorosos labios
abre su cáliz la fecunda vida;
y entre el estambre de la flor temprana
surge el deleite.

¡Derroche el alma la emoción fogosa,
avive el génio la quemante llama!
¡brilla hoy la aurora del amor radioso!
¡es primavera!

LUIS MARTINEZ MÁRCOS.

Santa Fe.

MAISON L. ADHÉMAR
Buenos Aires - Cangallo esq. Sulpacha

CASA LA MÁS SURTIDA EN
Trajes y Artículos para Baños de Mar



(Una sala de una quinta cerca de una gran ciudad. Muebles ingleses. Flores con discreción. Grabados antiguos. Aire de intimidad en los detalles, que revelan la existencia de una mujer elegante y joven).

PERSONAJES

BEATRIZ.....	27 años
ARACELI.....	30 años
RAMÓN.....	40 años
UNA CRIADA.....	edad indefinible

BEATRIZ recorre con la vista el salón, fijándose en los muebles, en las paredes, en el paisaje que se divisa por las grandes vidrieras de las ventanas medio borrado por el crepúsculo de una tarde gris y lluviosa. Algunas veces se dirige hacia una mesa; otras aspira el perfume de una flor. Por fin oye el ruido de una puerta. Aparece ARACELI y BEATRIZ se arroja en sus brazos, lanzando un grito de impaciencia y de satisfacción.

BEATRIZ—(abrazada á su amiga). ¡Tú; por fin, tú. Creí que no venías!

¡Debe ser horrible vivir pensando en que podemos contar con una persona, y verse abandonada cuando llega el momento crítico!

ARACELI.—Apenas recibí tu carta me puse en camino. ¿Qué tienes?

¿A qué suenan tus palabras? ¿Qué eco traen? ¿Desgracia? ¿Felicidad?

BEATRIZ.—Para ti no sé. Para mi felicidad, alegría, juventud,

ARACELI.—Eso quiere decir que estás enamorada.

BEATRIZ.—Sí.

ARACELI.—¡Por fin! ¿Recuerdas mi divisa? «No reniegues del amor....»

BEATRIZ.—..... porque le debes la vida. Si es cierto. Hasta que no se quiere, no se puede uno comprender. Ni sabe de lo que es capaz, ni da verdadera importancia á las cosas....

ARACELI.—Acaso tengas razón. Pareces otra....

BEATRIZ.—Otra. Esa es la palabra. La Beatriz que te habla, que te abraza, es una Beatriz desconocida, una mujer que dormía en mí, que yo sospechaba pero que no había existido hasta ahora. ¡Cuando pienso que hubiera podido morir sin probar estas emociones, este sentir divino! No, no me interrumpas. Déjame contártelo todo. Eres la única persona que puede comprenderme y á quien yo puedo confiarme por completo. Por eso te llamé. Necesito respirar tu afecto, tenerte así á mi lado, recordar que eres la criatura que más me ha querido, pensar en tus desgracias.... en tus sacrificios.... porque para comprender á un alma enamorada se precisa otra que haya sufrido.... sino todo suena á hueco.... quizá á ridículo.... ¿Te acuerdas cuando hablábamos de esto? ¿Cuándo me llamabas la Venus de hielo? Te acuerdas de nuestra gran discusión, la tarde famosa del Hipódromo? ¡Si hubiese sido posible adivinar! Porque allí comenzó ¿sabes? allí estaba él y poco después que te fuiste me lo presentaron. ¡De qué casualidades depende la vida! ¡A qué pequeñeces está sujeta nuestra suerte! ¡Si no nos hubiéramos hallado aquel día....! Y ahora, ahora, en cambio, no sería nada capaz de separarnos. No podríamos....

ARACELI.—¿Entonces....?

BEATRIZ.—No.... todavía no. Parece que no me conoces: Fíjate en mí. Fíjate donde estoy. De quien es esta casa. Con mis ideas, con mi modo de ser, no era posible. Cuando las personas tenemos una personalidad, ni aún en los momentos supremos dejamos de obedecer en cierto modo á nuestro propio pensar. Aquí no era posible. Ya sabes mis teorías, que son las tuyas. Nada de traición, de engaño, de disimulo. La existencia entre mi marido y otro hombre, repartida entre el terror, el remordimiento y el envilecimiento que ese estado supone, no se ha inventado para las mujeres de mi clase.

Yo no he querido nunca hasta ahora. Quiero, y no lo oculto. Mañana lo sabrá todo el mundo, pero también sabrá que no vivo aquí en esta casa, bajo el mismo te-

cho que un hombre honrado, rebajándole y rebajándome como hacen tantas que tú y yo conocemos....

ARACELI.—¿De modo que mañana....?

BEATRIZ.—No, hoy; dentro de dos horas. Me marcho, si me marcho. ¿Dónde? No lo sé. Donde se sea feliz. Mi amigo me espera cerca de aquí. Sólo la luz iluminando esta ventana le haría comprender que renunciaba. Pero eso no sucederá. Nos embarcaremos en el primer vapor. La ausencia de Ramón que se marchó hace días para negocios, nos



ofrece una oportunidad inmejorable. Esta noche quedarán rotos todos los lazos que me unen á mi marido y comenzará nueva existencia para mí.

ARACELI.—¿Y estás segura de que puedes fiarte de tu amigo? ¿de que merece tu sacrificio?

BEATRIZ.—Estoy segura de él, como él está seguro de mí. Le quiero.

ARACELI.—Pero vamos á ver. ¿Por qué, este apresuramiento? ¿Por qué no esperas el regreso de tu marido? Porque, puesto que él y tú sois criaturas excepcionales, no confesarle todo y pedirle tu libertad. La fuga tiene un no sé qué de vergonzoso que no cuadra á tu lealtad y al orgullo de tu pasión.

BEATRIZ.—Calla, calla. No hables de vergüenzas. Al contrario, creo que este amor es el sentimiento más noble de mi vida. Si huyo es porque, tal como la existencia está arreglada, no puedo obrar de otro modo. Según la ley, pertenezco á Ramón, ¿comprendes? le pertenezco. Por consiguiente tiene derecho á conservarme. Puede hasta emplear para ello la fuerza. Además ya conoces su genio. Todo se puede temer de él.

ARACELI.—¿Y no has pensado en que cuando vuelva de ese viaje emprendido para sus negocios, y encuentre su casa vacía, vacía de la única persona á quien, sea como sea, ha querido en su vida, su desesperación será horrible, espantosa....

BEATRIZ.—Sí.... lo he pensado.... he pensado mucho.

ARACELI.—¿Y has podido acostumbrarte á esa idea?....

BEATRIZ.—Sí, porque también he pensado en mi desesperación si, ahora que mi alma pertenece á otro, siguiera viviendo al lado de mi marido, á quien nunca he querido de amor, con quien siempre viví como un buen amigo. Claro que el golpe será tremendo, sobre todo al principio. Pero ya se responderá. La verdadera adoración de Ramón no soy yo, lo son los negocios, lo es su oficio que le absorberá pronto, que le hará olvidar mi recuerdo.... le dejo rico, ocupado en lo alto.... esa es una de mis disculpas.

ARACELI.—Entonces.... ¿qué he de decirte? Sé feliz, muy feliz.... cuando una persona quiere á otra como yo te quiero, no puede juzgarla....

BEATRIZ.—Abrázame.... más fuerte.... no llores, no quiero que te de pena mi felicidad. ¡Si vieras cuán satisfecha estoy de obrar como obro!

ARACELI.—¿De marcharte y de dejarme!

BEATRIZ.—¿Qué dices? No, no hables así, no me quites el valor que necesito.... al contrario abrázame con fuerza. Donde quiera que me encuentre, nuestras almas serán siempre gemelas. Tú recibirás noticias mías únicamente.

ARACELI.—Y.... como se llama.... hasta ahora no me has dicho su nombre.

BEATRIZ.—¿No lo has adivinado? Se llama Andrés, Andrés Castellón ¿no te acuerdas de él?

ARACELI.—Sí.... sí.... es decir, me parece....

BEATRIZ.—Con una cara muy blanca y unos ojos negros que cuando miran parece que se clavan hondo, muy hondo....

ARACELI.—Ya.... ya.... ahora caí....

BEATRIZ.—¿Verdad que...? (volviéndose á arrojar en brazos de Araceli). ¡Adios! ¡Adios Araceli mía!

(Al quedarse sola después de larguísima despedida, comienza de nuevo sus paseos, se mira al espejo distraídamente, da algunos pasos irresoluta; por fin se acerca á una puerta y llama).

BEATRIZ.—¡Petra! ¿Estás dispuesta? ¿Puedo contar contigo!

PETRA.—En absoluto. Señora.

BEATRIZ.—Te creo. ¿Preparaste todo? Tráeme el sombrero, los guantes, el abrigo.... ya sabes mis instrucciones, el nombre del Hotel donde debes esperarme; aquí tienes dinero....

PETRA.—¿Cuándo verá á la señora?

BEATRIZ.—No sé; mañana por la tarde, ó por la noche. Por Dios, Petra, sé prudente. Anda tráeme las cosas que te he pedido. (Petra sale. Beatriz se

aproxima á la ventana para mirar el campo. Es de noche. Vuelve á entrar Petra con el abrigo y el sombrero).

BEATRIZ.—Adios.

Hasta mañana. Buen viaje.

PETRA.—Buen viaje, señora.

(Beatriz se pone lentamente el abrigo y el sombrero. Por fin se decide. Abre la puerta y tropieza con alguien que entra al mismo tiempo y que le arranca un grito de miedo).

RAMÓN.—No te asustes Beatriz, soy yo.

BEATRIZ.—¿Tú, Ramón? ¿tú, de vuelta? (con rápido movimiento y aprovechando la oscuridad casi absoluta del cuarto se quita el sombrero y el abrigo que arroja á un rincón). Espera, voy á dar luz.

RAMÓN.—¿Salías?

BEATRIZ.—A dar una vuelta por el jardín. Pero ¿que es esto? ¿explicame?

¿Qué significa esta vuelta? ¿que te sucede?

RAMÓN.—(Cayendo en un sillón). Nada, nada no me preguntes. O mejor sí, más vale que lo sepas. No, no es nada. Es decir sí. He venido por verte. Una escapada. Mañana mismo me vuelvo á marchar. Beatriz, sé que voy á hacerte daño, que te voy á causar un gran disgusto; el mayor quizás, seguramente el único que te habré dado desde que vivimos juntos. Pero es necesario que lo sepas. Para eso eres mi compañera, ¿verdad? la compañera de mi vida.

BEATRIZ.—Habla, habla.

RAMÓN.—Pues.... no sé, no sé cómo decírtelo. Lo traía tan preparado y ahora no sé qué me sucede. Te veo y se me van las palabras.... y no me atrevo.... y siento tales remordimientos de que por mi causa, si, por causa mía, tú.... tú....

BEATRIZ.—Pero ¿qué pasa?

RAMÓN.—No puedo, no puedo.

BEATRIZ.—Nunca te he visto así, Ramón.

¡Tú acobardado! No es posible. No quiero que sea.

RAMÓN.—Háblame, háblame así. Que yo te oiga. ¡Si supieses el bien que me hace oírte!

BEATRIZ.—¿Los negocios?.... (al ver el rostro de Ramón) ¿es eso? ¿ma? ¿verdad? ¿muy mal?.... ¿perdidose?

RAMÓN.—No.... del todo, no.

BEATRIZ.—Explicame, explicame. Yo no entiendo tus combinaciones, no sé, pero si me hablas así por encima me daré cuenta. Parece imposible que un hombre de tú inteligencia, tan experimentado como tú, se deje vencer, de improviso.

RAMÓN.—No lo creas, hace tiempo, mucho tiempo que mis negocios marchan mal. No quise decírtelo para no asustarte, para no preocuparte, con la esperanza siempre de vencer la mala racha, pero hoy es ya imposible. Decidido á jugar el todo por el todo, empuñé nuestro capital, cuanto tenía, más aún, todo lo que diferentes personas me habían confiado en una empresa, segura, magnífica, pero en la que para triunfar se necesitaban millones. Mis comandatarios, de repente, me abandonan. He querido buscar dinero fuera y todas las puertas se me han cerrado. Me encuentro sólo, sólo, todos me engañan, solo respiro la traición á mi alrededor.

BEATRIZ.—¿La traición!

RAMÓN.—Y el caso es que no he sido imprudente, te lo juro. Todas mis previsiones eran justas, mis cálculos exactos. Solo necesitaba capitales, capitales. Se me niegan, y como se sabe que estoy en una situación crítica, me ahogan....

BEATRIZ.—Algún enemigo. ¿Has intentado....?

RAMÓN.—¡Todo! ¡todo!

BEATRIZ.—Entonces.... ¿es la ruina?

RAMÓN.—Sí dentro de ocho días no encuentro el dinero que necesito, sí, la ruina; peor aún, la quiebra.

BEATRIZ.—¿La quiebra!

RAMÓN.—Fraudulenta. Porque mis comandatarios reclamarán su parte y yo no podré entregársela. ¿Querías saber la verdad? Ya la sabes.

BEATRIZ.—Gracias. Has hecho bien. La verdad siempre, cueste lo que cueste. No creas que me asusto, y si siento lo que ocurre es por tí, Ramón, por tí, tan bueno, tan trabajador, tan honrado. No mereces lo que te sucede. ¡Pobre Ramón! ¡pobre!

RAMÓN.—Beatriz de mi alma; si supieras el bien que me haces hablándome así ¡si supieras lo que para mí representas en el mundo! Nunca te lo he dicho por mi genio, por mi.... porque delante de tí no sé que me sucede que pierdo el valor.... me encuentro tan viejo, tan toco, y te admiro tan bonita, tan lejos de mí.... que aún no te he dicho ni tú has podido saber como ni cuanto te adoro. Mi único recurso era trabajar por tí, colocarte en un trono de plata, crear ese lazo que nos uniera.

Y esa esperanza era toda mi vida, toda mi ilusión, el único secreto de mi existencia. Todo por tí y para tí.... y ahora.... ya ves.... acabado todo.... ni eso siquiera.... Beatriz.... ¡que horror! ¡que lástima! Y si no hubiera sido por la idea de dejarte abandonada y pobre.... ya sé, ya se lo que debiera hacer.

BEATRIZ.—No, Ramón, no.

RAMÓN.—Descuida. Lucharé hasta el último momento. Y si aquí me vencen empezará mi vida en otra parte donde mi voluntad y mi constancia triunfarán. Todo, antes que dejarte sola. Sintiendo á mi lado me encontraré con fuerzas.

BEATRIZ.—No pensemos en cosas inciertas ni te declares vencido antes de tiempo. Lucha....

RAMÓN.—Lucharé como un desesperado.

BEATRIZ.—No; con toda esa voluntad y esa constancia de que alardeas. Lucha para vencer, no para morir. No ocho días, un momento, basta para rehacer una existencia, además.... yo lo quiero.

RAMÓN.—Sí, si.... haré lo imposible, pero si vieras que terrible cosa es la duda. Y yo dudo de mí mismo.

BEATRIZ.—Serénate en mis ojos, toma valor en mis brazos, bebe confianza en mi boca. Yo creo en tí más aún que tu mismo....

RAMÓN.—Gracias, Beatriz. Ahora sí que eres la compañera de mi vida, gracias. Pero dime.... ¿te encontraré siempre así á mi lado.... suceda lo que suceda? Ya me conoces, contéstame francamente. ¿Puedo contar contigo?

BEATRIZ.—(agitadísima) ¿contar conmigo?

RAMÓN.—¿Vacilas? ¿temes? ¿lo ves? Déjame....

BEATRIZ.—(Después de larga pausa en que dirige una mirada al cielo como si se despidiese de algo muy lejano, de un sueño muy atractivo, se acerca lentamente al balcón, descorre las cortinas y con rápido movimiento enciende todas las luces del cuarto que iluminan el jardín). No, no vacilo. Y te lo digo á la luz. Si, puedes contar, si. Puedes contar. Rico y dichoso, quizá nuestros espíritus se hubieran separado y yo con ellos de tu lado. Hoy el abandonarte equivaldría á una infamia sin nombre, que no me perdonaría y que me privaría de la felicidad donde quiera que estuviese.

RAMÓN.—Reflexiónalo bien. Mira el sacrificio á que te expones. Tranquilidad, posición, todo.

BEATRIZ.—¿Y á eso le llamas sacrificios! Los mayores sacrificios no son esos, son los que se callan, los que nunca se saben ni se sabrán; los verdaderos sacrificios son los de algo que raras veces se encuentra en la tierra; son los sacrificios del alma que duran toda la vida y que constituyen lo único meritorio que realizamos en ella.

RAMÓN.—¿Por qué hablas así? ¿Me guardarás rencor? ¿No me perdonarás el mal que te hago?

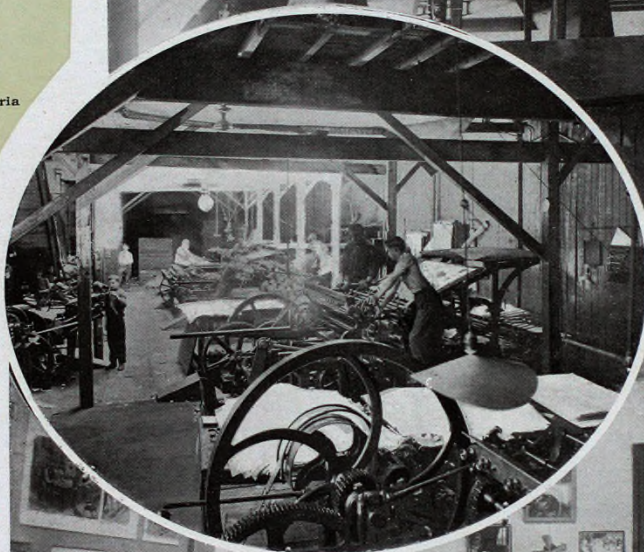
BEATRIZ.—¡Perdonarte á tí! Pobre Ramón. Abrázame fuerte; así. ¡Nos ofendemos tantas veces, sin darnos cuenta de ello, que cada vez que dos personas se abrazan como nosotros ahora, deben pensar en el olvido de lo pasado, en el hermoso perdón que nos convierte en hermanos á todos los hombres!

VISTA PARCIAL DE ALGUNAS DEPENDENCIAS

Administración



Sección
Maquinaria

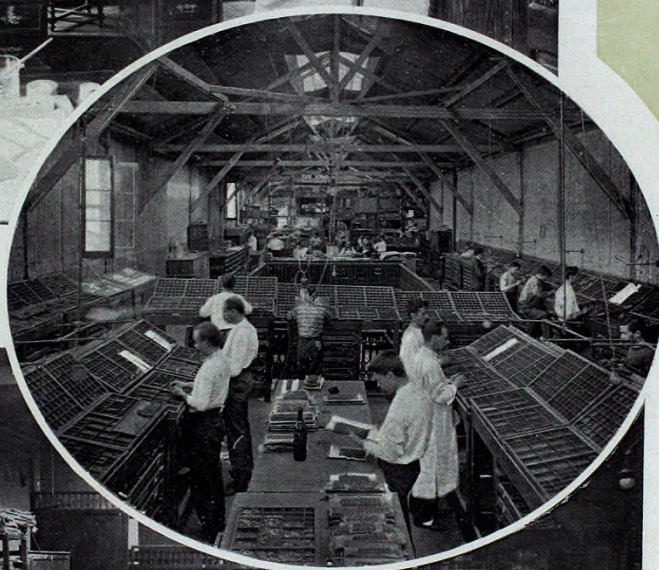


Dirección

DE "LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA"



Sala de
Redacción



Sección
Tipografía



Sección
Encuadernación

TIPOS Y PAISAJES CRIOLLOS

POLICÍA PATRIARCAL

El comisario Soriano tenía aviso de que a las seis de la tarde estarían en la orilla de las quintas del pueblo el sargento y su milico, con los tres presos que debían traer de la alcaidía del cuartel séptimo del partido; y a las cinco y media mandó ensillar su malacara para ir a recibirlos. Gordo, panzudo, en mangas de camisa por el calor que hacía, con un gran sombrero de paja, pero con la diestra majestuosamente apoyada en su rebenque de cabo de plata, iba, seguido de un soldado armado con carabina, al tropecito, primero, por las calles de la población, al galope, después, una vez en las quintas.

Cuando llegó al punto de cita convenido, encontró empantanado en el camino un carro con tres extranjeros, un inglés y dos italianos que parecían esperar con toda paciencia que los sacasen del mal

querían; pero yo les dije que no, y que no permitía que se fueran, y se sosegaron.—¡Pues, amigo! volvió a murmurar el comisario, se ven cosas que son

y picantes, haciéndoles ver lo vergonzoso que era que las autoridades patrias tuvieran que apelar a los mismos presos.... y extranjeros, éstos, para castigar a sus propios agentes.—La verdad, murmuraban cabizbajos los milicos.

Soriano, desde su juventud había sido siempre muy metido en la política de su provincia natal, siempre del lado del palo, nunca del de la escoba; y joven aún había sido nombrado comisario. Entendía que el objeto principal, único, casi, de su cargo, era sostener al gobierno, cualquiera que fuese el partido imperante, consiguiéndole votos por todos los medios a su alcance; y esos medios eran numerosos.

No por esto pensaba que debiera descuidar sus intereses personales y tampoco los dejaba abandonados.

Cuando lo nombraron, el pueblito era de reciente formación y no le podía dar el gobierno más que treinta pesos mensuales, lo que ni para comer una vez al día le alcanzaría, pero le había dicho el ministro: «Cuando produzca algo la comisaría, tendrá usted sesenta.»

Había, pues, que hacer producir algo a la comisaría. La instaló en un rincón del depósito de la única casa de negocio que existiera en la localidad, gratuitamente, por supuesto, viviendo ahí con sus dos vigilantes, los cuales establecieron su cuartel y la prisión de delincuentes en la sala de billar.

Existía también en el pueblo una fonda. Soriano mandó llamar al fondero y, sin más ni más, lo multó en diez pesos por haber despachado bebidas. El fondero se resistió a pagar; Soriano lo hizo prender y encerrar.

A las dos horas consintió el hombre en abonar los diez, pero se le exigió entonces por desacato, veinticinco; y, al anochecer, aflojó.

Ya tenía Soriano, con esto, templada la guitarra, y no le faltaron ocasiones del mismo estilo para cobrar otras multas que pronto le hicieron conseguir, con el aprecio de sus jefes, los sesenta prometidos. Su calabozo, una piecita cualquiera oscura, tuvo puertas secretas de salida para los que, sin hacerse rogar, ó, á veces, á planazos, sabían soltar el precio de su libertad. Es cierto que no todos tienen plata disponible, pero no todo con plata se paga en este mundo; cada cual tiene sus medios de desempeñarse, sus aptitudes ó sus habilidades. El estanciero rico, el comerciante bien pueden abonar al comisario una pequeña suscripción mensual para que cuide con mayor celo de sus intereses; y el que por mezquino no quiere contribuir, tampoco se puede quejar de que los cuatrereros le peguen malones; y si lleva alguno de los damnificados al comisario para que vea por sus propios ojos las panzas y la cabezas de las vacas que de noche le han carneado, se quedará éste pensativo, pero calladito, al sospechar de donde ese diablo de Fulano ha sacado, para mandárselo, un costillar tan gordo.

¡Cuidadito! el carnícero que se atreviese á traer á su corral animales mal habidos. Soriano revisaba las guías y las mismas vacas con tanta prolijidad que ni una sola robada hubiera podido pasar.... sin pagarle su tributo. Mientras no hubo juez de paz, era él el árbitro único en esos casos, y siendo muy poca la población, hacía modestamente su negocio, sin grandes ganancias ni tampoco grandes riesgos. Cuando se hubo organizado ya la Municipalidad, fué más difícil, porque había más ojos, indiscretos algunos, y más manos, codiciosas todas, para vigilar en propio provecho y atropellar también cualquier fuente turbia de utilidades. Pero los lobos entre sí no se comen; más cuenta les hace juntarse y juntos, hacen grandes cosas.

Con una policía voluntariamente ciega, un cuatrerero puede impunemente carnear una que otra vaca ajena, y hasta llevarse algunos animales, pero con una policía cómplice y un juez que otorga con su firma guías falseadas, el comisario, el juez y el cuatrerero tienen segura la fortuna. Soriano conoció días de prosperidad.



casos. ¡Fermin! ándate hasta el Tropezón y tráete á esos dos bribones; ¡lájero!

El soldado se fué hasta la pulpería y pronto volvió con el sargento y el otro, en un estado más bien lamentable.

El comisario se había apeado en lo seco, y recostado en el malacara, se acariciaba la pera, rezongando con rabia, entre dientes: tronaba, antes de llover.

Amonestó furiosamente á los dos culpables, les meneó unos cuantos rebencazos que más le cansaron que lo que les dolieron, agitado, sudando mares y por fin mandó que entre el soldado que consigo había traído y los tres presos, los ataran á cada uno en una rueda del carro.

Tuvieron para ello que quitarse todos el calzado y las medias, pues el barro era algo hondo, y una vez bien amarrados los pobres, se soltaron los caballos y volvió solo al pueblo Soriano, dejando á Fermin de guardia y ordenando que se quedaran así hasta que volviese él, que sería á la madrugada.

Cuando volvió, como á las siete de la mañana y con sol alto ya, parecían realmente, los pobres, haber pasado atados toda la noche, pues así los encontró; pero la verdad era que se lo habían pasado mateando con los demás, alrededor del fogón.

Los hizo desatar el buen comisario, dando por purgado el delito, pero abochornándolos con una reprensión erizada de dichos criollos entre sabrosos

paso, pero sin hacer ellos un esfuerzo para salir de él. Les preguntó lo que hacían ahí.

—Esperando, señor; contestó el inglés.—¿Esperando qué?

—A los compañeros.—¿Dónde están?—Allá, señor, en la pulpería del Tropezón.—Y ¿quienes son sus compañeros?—Un sargento y un vigilante, señor.—¿Qué dice?... y ustedes ¿quienes son?—Somos los presos, señor.

¿Vd. será el señor comisario? Bien decía yo que hacían mal en irse. Pero dijeron que nos tenían confianza; que bien pensaban que no los haríamos quedar mal, y se fueron.—¿Y cuanto tiempo hace?—Dijeron que ya volvían, pero debe de hacer como tres horas que aquí estamos, esperándonos.—¡Buenos gringos zonzos! murmuró el comisario. Y, ¿no pensaron en irse? exclamó.—Primero, estos dos medio

Lejos estaba el tiempo de los treinta pesos por mes para lidiar, desamparado, contra gauchos alzados y cuatreritos peligrosos, imbuidos de los principios heroicos de Juan Moreira y de Martín Fierro; ya no sacaban del tirador el cuchillo, amansados y civilizados por Soriano, sino pesos, y á cada cual su parte. Así no hay peleas, no corre sangre, no hay escándalos ni partidas derrotadas, y las elecciones andan á las mil maravillas.

A veces sucede que se alza la opinión, sospechando muchas cosas de las que tan bien se tapan; los hacendados se quejan, gritan y hasta se ligan para que algún periodista se atreva á cantar la verdad á las autoridades. Y surge entonces el «Liberal del Norte», ó el «Independiente del Sud», ó la «Verdad del Oeste», impreso con tipos rezagados en papel de almacén, escrito en estilo vehementemente é incorrecto, pero audaz en sus afirmaciones y demasiado gritón para no llamar la atención de quien corresponda sobre los frecuentes robos impunes; tanto que, en vísperas de elecciones, se vuelve casi peligroso. Y sucede que una noche de verano, cerca del periodista tranquilamente sentado en la vereda á tomar el fresco con algunos amigos, pasa corriendo un hombre y lo deja muerto de una puñalada.

Desaparece en la sombra el criminal, un gaucho cualquiera; finje la policía ponerse en movimiento; se alborota el juzgado y, después de muchas indagaciones, informes y partes, queda todo en la nada y sigue el juego.

Por un tiempo, se dejarán descansar las haciendas, y hasta se llegará á prender dos ó tres de los comparsas más humildes para salvar siquiera las apariencias; pero hay que vivir, y tanto en el pueblo como en toda la campaña, los juegos de azar prohibidos por la ley darán al comisario, sin que necesite repartirlas con otros, amplias y opulentas coimas que le permitirán esperar tiempos mejores.

GODOFREDO DAIREAUX.

POETA Y ESCULTOR

(Para LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA)

En todas las cosas y personas, Jules Mark, el escultor poeta, buscaba la anhelada perfección de lo divino, que no puede trascender á lo humano.

Su fantasía, ardiente y soñadora, perdiase en las regiones de lo infinito, persiguiendo un ideal que á través del éter vislumbraba, sin que jamás pudiera darle alcance.

Su corazón, plétórico de toda clase de afecciones grandes, hallábase dotado de una sensibilidad exquisita, y parecía complacerse en acrecentar los torrentes de ternura que emanaban del fondo de su alma apasionada.

Sólo, en su modesto estudio, realizando sus sueños de poeta, modeló como inspirado escultor, una mujer de voluptuosos contornos, espléndida de formas, hermosa hasta la sublimidad.

Esta creación del genial artista hubo de producir una perturbación en sus facultades mentales, pues llegó á prodigarla las más rendidas ternezas.

Fué su delirio tan grande, que estrechando entre sus brazos á la estatua, la besó en la boca, y pronunció en su oído un «te amo» lleno de pasión y de deseos. La estatua permaneció impassible, y el frío mármoleo de sus labios contrastó horriblemente con el fuego febril que abrasaba los del escultor-poeta, que, irguiendo la varonil cabeza, fijó su mirada luciente, cuajada de enojos, en la soñada amante que parecía contemplarle en actitud desdenosa.

La realidad, siempre cruel con todos los soñadores, descendió en forma de pensamiento al cerebro del artista para desvanecer las ilusiones creadas en

un momento de delirio, y entonces Jules Mark se dió cuenta de que la materia sin la fusión del espíritu nada significa para el sensualismo del amante.

Puesto en el camino de la razón, trocáronse en desprecio las ternezas y pensando prácticamente, decidió enviar su obra á la Exposición para deshacerse de un objeto que no satisfacía los deseos y aspiraciones del soñador amante.

El nombre de Jules Mark, envuelto en la aureola de la fama fué pronunciado con entusiasmo indescriptible por los inteligentes.

Su obra fué la revelación de un genio para el mundo artístico; alcanzó un premio de honor, y... ¡cosa rara!, la envidia, plegando sus negras alas, quedóse adormecida en los corazones de los mediocres para no amenguar ni discutir el triunfo del artista.

Pero ¡oh, fatalidad humana! Aquel ambiente de gloria que donde quiera que iba respiraba; aquellas enhorabuenas que llovían sobre él copiosamente, si bien halagaban el orgullo del escultor, no satisfacían los anhelos del poeta.

Entregado á profundas meditaciones, sólo, en su modesto estudio, como cuando creara su magnífica obra, una tarde soñaba....

Un embriagador perfume, y el roce suave de una falda de seda, le despertaron de su letargo. Abrió los ojos, y en su semblante se retrató el asombro.

Una mujer, hermosa sobre toda ponderación, plétórica de vida y de belleza avanzaba hacia él majestuosamente. ¡Su estatua!

—Sí, ella era.

El artista fijó en el suelo una de sus rodillas y de sus labios salió un «te amo!» indefinible.

La estatua le contempló con mirada desdeñosa, preñada de rencores, y con un tono mezcla de altivez y de desprecio, murmuró:

—¡Alzaos, caballero!

El asombro del escultor fué en aumento, y la estatua, la visión ó lo que fuere, continuó:

—¡Sois un miserable! Sorprendisteis mi belleza, y con una exactitud verdaderamente diabólica la trasladasteis al mármol para exponerme al público en un desnudo. Vuestra gloria de artista es grande; la copia no puede ser más fiel; pero esa gloria tiene por pedestal mi deshonra. No doy un paso por la calle sin que haya un transeúnte que al mirarme se pare y diga recordando vuestra obra: ¡Es ella! La maledicencia ha encontrado un martillo para romper en pedazos mi reputación, y ya no hay quien á voz en grito no pregone que soy vuestra modelo ó vuestra querida.

Jules Mark, que escuchaba atónito aquella acusación injusta, hizo en vano mil protestas de inocencia. La dama no se convenció.

Agotados los argumentos, contestó:

—Señora, no hallo forma de daros una reparación, que si la hubiere, creedme....

—Sí, la hay—interrumpió la dama secamente.

—Decidla.

—Sois libre, yo también; uníos á mí, y separémonos después.

El artista quedó un momento pensativo; aquella extravagancia de su interlocutora habíale desconcertado por completo, pero se repuso en breve y contestó: —Acepto.

Algún tiempo después se celebraba este enlace concertado de tan extraña manera.

Terminada la ceremonia nupcial, Jules Mark, encerrado en su estudio con su esposa, trataba nuevamente de sincerarse ante ella. Expuso en forma elocuente sus anhelos, sus sueños y sus delirios, y juzgando, sin duda, que con argumentación leal había conquistado el corazón de la hermosa dama, trémulo, conmovido, la oprimió entre sus brazos

besándola apasionadamente. Pero aquellos labios no se encendieron al contacto de los del artista; éste notó en ellos el mismo frío mármoleo que heló su sangre cuando besó su estatua y, como entonces, se irguió altanero fijando su mirada despreciativa en aquella mujer incapaz de comprender las delicadezas de su alma.

Hubo un momento en que las miradas de ambos se cruzaron como dos espadas de combate.

De pronto, el escultor se dirigió á la puerta que abrió de par en par, diciendo:

—Señora, sois libre.

Salió la dama con arrogancias de sultana y sin dignarse volver siquiera la cabeza.

Jules Mark vió como se alejaba aquella escultural mujer que había trastornado sus sentidos. Luego volvió á internarse en el estudio. Como si ninguna sensación hubiera conmovido su alma, reclinó su cuerpo tranquilamente en un diván y, como siempre, elevó su espíritu á regiones ignotas.

Su fantasía tendió las brillantes alas, remontándose, y entre gigantescas ondas de luz divina fué á parar junto á las gradas del Trono del Altísimo para implorar de su clemencia la facultad de crear un alma pura, perfecta como el busto de mujer que modelaran sus manos.

La aurora de un nuevo día, con sus alegres matices, entró por las ventanas del estudio del escultor-poeta, inundándolo con sus fulgores y armonías.

En los labios del artista vagaba una sonrisa de felicidad. Jules Mark soñaba....

JULIO R. PEDRE.

UN AÑO MÁS

ARTÍCULO DEDICADO Á LOS VIEJOS DUROS

«Dios hizo el mundo de la nada», dicen los libros sagrados, y yo lo creo firmemente, puesto que hasta el presente ningún sabio me ha demostrado lo contrario.

Pero lo que es indudable, es que el hombre hizo los años.

A nadie sino á este orgulloso rey de la creación, como él mismo modestamente se llama, se le hubiera ocurrido perpetrar semejante barbaridad.

Lo más gracioso es que después de fabricar la enfadosa y cursi cronología, se avergonzó de su obra, á tal punto, que hoy hay pocos hombres y mujeres por el mundo, que pasando de una época dada, no empiecen á sacarse desvergonzadamente los años, y á arrojarlos á la eternidad de donde no debieron jamás haber salido.

Lo de «la edad está en la cara», «cada cual tiene la edad que representa», etc., son verdades más lógicas y evidentes que todas las pretenciosas mistificaciones zodiacales, que, poco á poco, y merced á los caprichos meteorológicos y atmosféricos, van cayendo en ridículo desprestigio, con profundo rubor del mismo almanaque.

Y todavía eso de las estaciones pase, porque indudablemente hay una época de frío y otra de calor en la tierra, pero ¡los años!....

La vida pasa, vuela ó se desliza, según los temperamentos fisiológicos y aún las condiciones morales de los individuos.

Tal hombre que nació el año 40, pongo por caso, come, duerme, habla, piensa, camina, con aire de perfecta juventud.

Tal otro que vió la luz durante la primera presidencia de Roca, que como los choclos, también hace parte de la cronología criolla, tiene el rostro marchito, la mirada sin luz, el estómago perdido, la memoria empañada y las piernas atáxicas.

¿Cuántos años tiene el primero para los efectos

OPIAT LUBIN II, Rue Royale
PARIS
La Pâte DENTIFRICE Idéale.

de la existencia sana y vigorosa? ¿Cuántos el segundo, para las probabilidades de la extenuación y la muerte?

Cumple años una persona bien constituida y en perfecta integridad de sus facultades físicas y mentales:

—Amigo mío, le dice uno de esos cuentagotas de la vida—¿Un año más!

—¿Sí? No me había apercibido.

—Esas son coquetías! Los años que caen, van gradualmente aumentando su peso sobre nuestra humanidad.

—Pues yo no los siento.

—¡Bah! ¡Alardes!

—Tal vez, pero inconscientes, se lo juro á usted.

—¿Cómo me va usted á hacer creer semejante cosa? Mire usted: yo soy más joven que usted ¿no es así?

—Puede ser.

—¿Cómo puede ser, si me lleva usted, diez años por lo menos!

—No me consta, y estoy seguro que no le creará nadie. Y no porque efectivamente no hayan podido pasar sobre mí esos compases de la música de la vida, sino porque yo no los cuento, ni me interesa seguir así, teóricamente, su ritmo.

—Pues bueno. Usted recordará lo que me gustaban los huevos á la crema de salmón.

—No estoy seguro de esa predilección, pero doy por sentado que la haya usted tenido.

—Pues amigo mío, hoy no puedo ni ver los tales huevos, porque ya no digiero ni el agua hervida.

—Es poco digerir, de veras.

—¿Y usted?

—Yo soy un avestruz, sin ofender al interesante animal.

—¿Usted puede comer huevos al salmón?

—Y á la ballena, también.

—¿No diga!

—Pues es un evangelio.

—No; lo que es grueso y rozagante, se mantiene usted, pero.... ¿Duerme usted bien?

—Nunca he entendido eso de dormir mal. O se duerme, ó no se duerme. Lo demás son historias. Yo, cuando me decido á hacer una cosa, la hago.

—¿Y sube usted escaleras sin fatiga?

—Las subo bastante agilmente; pero prefiero el ascensor.

—¿Cáspita! Pues mire usted, á mí, el ascensor, me irrita los nervios, y las escaleras me hacen echar los botes por la boca.

—¿A pesar de sus diez años menos!

—¿Pero qué tiene eso que ver?

—Mucho, mi amigo.

Oiga usted:

El hombre, es un edificio, mal ó bien construido.

En esa circunstancia tan solo se basan para él las causas y los efectos que se atribuyen á lo que vulgarmente se llama edad.

¿Entran en su constitución los elementos nobles, sanos, vigorosos, de un organismo fuerte y equilibrado, y de un espíritu claro, fresco, despejado, activo? pues ahí tiene usted la mole de uno de esos monumentos milenarios, que, á través de los años, de los siglos, de las épocas, de las edades, se mantienen aún en pie, apenas superficialmente caracterizados por la patina fugaz de los tiempos.

La pirámide de Cheops en el desierto egipcio, edificada como sus compañeras, veinte siglos antes de Jesu-cristo, aún sigue viendo pasar los años, por sobre sus piedras ennegrecidas por el sol y azotadas por el simoun, con la misma indiferencia con que vió caer el astro rey en el ocaso, el día en

que Rameses III el gran Sesostri, bendijo el Nilo, por la primera vez de pie sobre la última piedra colocada sobre su cumbre.

Millares de monumentos se han levantado soberbios en todas las épocas. Unos han resistido la acción del tiempo, otros se han cuarteado teniendo que recurrir á las trabas y al puntal para sostenerlos, otros, por fin, se han derrumbado de un golpe, el día en que la muerte, que no tan solamente destruye al hombre sino también á su obra, los ha tocado con su dedo fatal.

Los primeros son los longevos que desorientan la teoría de los años; los segundos, los afectados de enfermedades orgánicas, mantenidos artificialmente en las angustias de una existencia sentenciada; los últimos, por fin, los fulminados por el accidente inesperado y rápido, que hiere de un golpe el ignoto centro de la vida, convirtiendo en polvo lo que poco antes era orgullo y soberbia, de la ciencia, de la estética, del arte.

El campanile de San Marcos, se viene un buen día abajo, cayendo como *corpo morto cade*.

Cerca de él hay una casucha humilde, edificada dos siglos antes que el soberbio monumento.

Ni los escombros de aquella mole cayendo sobre ella, la pudieron achatar bajo su peso.

¿Qué buena constitución la de la casita! ¿No le parece á usted?

Un día el terremoto, sacude una zona volcánica, y en un abrir y cerrar de ojos se traga ciudades, aldeas, caseríos.

Esa es una peste como el cólera, la fiebre amarilla ó la bubónica, entre los hombres.

Los años no tienen nada que ver con esas cosas.

«La muerte, injusta y traicionera, acaba de cegar en los primeros albores de la vida, una existencia juvenil, en la que cifrábamos las mas halagüeñas esperanzas» —dice con su habitual cliché quejumbroso una crónica de diario.

¿Por qué traicionera?

¿Por qué injusta?

Si se pudiera traer á juicio á la naturaleza en cada caso de estos, cuántos daños y perjuicios se le podrían imputar, por haber hecho estas «juveniles existencias» con tan mala mezcla y tan desordenadas leyes de equilibrio!

En fin, mi amigo, convénzase usted, los años están reducidos, en última expresión, á la pequeña esfera de su reloj. Y usted le da cuerda todos los días, y lo consulta á cada momento, y duerme con él á la cabecera de su cama, y por él se despierta, y por él come, y por él trabaja, y por él se divierte, sin que se le ocurra que aquel tic-tac insistente é isócrono, le está gritando á usted, segundo tras segundo: ¡Viejo! ¡viejo! ¡viejo!

Es que usted un buen día no dá cuerda á su reloj, y deja á las horas con la cara tan larga.

NICOLÁS GRANADA.

¿DIVORCIO?

—¿Se puede, María Luisa?

—Ah, es usted, sí, como nó, adelante, precisamente, estaba esperando su llegada para irme.

—Te agradezco por lo menos esa deferencia, dijo Carlos María con sonrisa triste. Vamos, María Luisa ¿persistes todavía?

—No tiene usted que agradecerme nada, me hubiera ido antes. Hace una hora que me aguarda abajo el coche de mamá. Pero, desde el momento que ya no soy dueña de esta casa, desde que se me echa como á una sirvienta, usted comprende que no me era dado salir furtivamente, podrían tomar-me por quien sabe qué; era necesario aguantar el martirio una hora más, esperar á usted, para decirle que me marcho para siempre.

Reclinada sobre un divancito, con un diario entre las manos, cuyas páginas estrujadas acusaban una impaciencia violenta que en vano se había pro-

curado distraer en la lectura, María Luisa, al sentir la voz de su marido, se había levantado de pronto, como azogada, buscando disimular, en una cháchara apresurada é incoherente, toda su angustia de mujer amorosa, engañada y ofendida.

Carlos María se detuvo un momento en el umbral, con una impresión de asombro y de desconsuelo que plasmaba un rictus de agonía en su cara lívida y se asomaba á sus ojos muy abiertos ante aquella pieza revuelta, con sus muebles arrumbados al descuido como para dar espacio al tumulto de baules, maletas y cajas de sombreros donde su mujer acababa de arrojar, con lágrimas tan amargas, para un viaje sin vuelta como la muerte, su risueño *trousseau* de recién casada.

Unido á una niña que era un encanto, por la gracia honesta de su figura, tan en armonía con su esquisito temperamento amoroso y su espíritu impregnado de virtudes domésticas, Carlos María adoraba á su mujer, y, aunque, muy amenudo, una esquelita coqueta llegaba á su despacho, insinuando una prolongación clandestina de su vida de soltero, el joven, buen muchacho en el fondo, nunca dió pié en su hogar á la menor sospecha, y hasta puso—hay que hacerle justicia—el más sincero empeño en liquidar definitivamente su pasado, consagrándose á aminorar, paulatinamente, la frecuencia de aquellos mensajes azules.

María Luisa, enamorada locamente de aquel moctón elegante y distinguido, habíale demostrado, más de una vez, hasta donde le pertenecía su corazón ingenuo y sensible, y sus mismas inquietudes de celos—ella tan apacible, tan sosegada antes—puestas de manifiesto, de vez en cuando, aunque discretamente, eran toda una garantía feliz para aquel marido bien intencionado que, aunque un poco muchacho todavía, iba tomando á pechos, de día en día más, la grave formalidad del matrimonio.

Pero aún no se advertía en él la consagración entera, incondicional que hubiera deseado, para ella, María Luisa. Y aunque Carlos María había desplegado un tacto finísimo para no exasperar la susceptibilidad delicada de su mujer, la joven, conocedora del pasado borrascoso de «su viejo», se había vuelto celosa como una corsa. Desarmada ante el presente, solía, sin querer, en sus meditaciones, evocar los antecedentes de Carlos María y torturábanla, entonces, unos celos retrospectivos tan crueles, tan lacinantes, que la pobre muchacha, muy apesar de su educación severa, no podía ocultar á veces y se entregaba á una crisis inevitable de sollozos, reclinando su linda cabeza sobre el corazón de su marido como implorándole un poco de consolación para sus congojas de enamorada.

Aquella mañana, mientras el joven se vestía para salir, María Luisa, al disponer el té sobre una mesita del *toilette*, encontró en el suelo, junto al ruedo de su batón, un billete azul.

—Mira lo que se te ha caído, Juan Carlos.

—Ah sí.... efectivamente —un..... ¿sabes? un presupuesto del chalet....

Pero en la brusca transición de color en la cara del joven, en su extraño balbuceo, en su vivacidad, sobre todo, para recoger el papelito, ella tuvo la intuición de la verdad.

Y antes de que su marido pudiera evitarlo, con esa audacia súbita que hace saltar á las mujeres celosas por encima de todas las consideraciones, por inviolables que sean, María Luisa, hecha una lástima de desesperación y de zozobra, desdobló el papel y leyó:

«Querido Carlitos: hace una semana que faltas. Me parece que me voy á morir. Vení por Dios te lo pide de rodillas tu, Estela»

—Ah, si me lo sospechaba.... si me lo sospechaba, ¡cobarde, más que cobarde! Y así, Dios mío, así tan injustamente, has dejado caer á una niña en manos de un miserable vestido de caballero. Muy bien, desde este momento tiene usted toda su liber-

A LA CIUDAD DE MÉXICO
FLORIDA esq. CUYO - BUENOS AIRES

~~~~~ SURTIDO COMPLETO EN ARTÍCULOS PARA ~~~~~  
**BAÑOS DE MAR**

tad para consolar á esas.... fregonas. Yo me marcho hoy mismo de su casa y mañana pediré divorcio.

Carlos María quiso excusarse, explicar... era un mal entendido.... ella lo vería muy bien, pero que le dejara ¡caramba! hablar un poco. ¿Al reo, acaso, podían quitarle el derecho de defenderse? No, ¡eso era ya demasiado.... una cosa bárbara!

Pero la actitud irreconciliable de aquella niña decente, fundamentalmente ofendida, y la falta de un pretexto á mano que él, en su desconcierto, no podía salvar, en vano discurría, hicieron que las cosas quedaran así, sin solución.

—Está bien, dijo él, haciéndose, á su vez, el resentido—puesto que no quieres escucharme ahora, lo dejaremos para después; y salió dando un portazo mientras María Luisa, no pudiendo resistir más, se desplomaba, sacudida por un espasmo de sollozos inconsolables.

Y ahora, cuando Carlos María, ya de vuelta, parado en el umbral de la salita, escuchaba á su mujer y la miraba agitarse entre aquel desorden de baules que le daban la sensación angustiosa del nido deshecho, el pobre hombre sentía en el corazón una convulsión bien honda de remordimiento y de lástima por aquella enternecedora mujer, víctima de sus ociosas flaquezas epinupciales; y era una pena que le partía el alma contemplar aquella desgracia sin motivo en frente de su propia desgracia, y sentir desde muy adentro, como un fantasma armado de condenaciones, la voz del egoísmo personal que le echaba en cara culpas tan graves y le mostraba á lo lejos, en una lontananza trágica, como una cosa que se iba para no volver, el fracaso irreparable de aquel suave ensueño doméstico que había venido acariciando tanto.

Y no pudiendo convencerse de que todo ese desastre, cuya emoción de inminencia flotaba en torno de ellos, llegaría á realizarse al fin, con un ansia muy sincera de paz, en que había mucha vehemencia de ternura y mucho fervor de arrepentimiento, Carlos María se adelantó á su mujer, la tomó de las manos con sumisión bondadosa y sentándola á su lado, sobre el divancito.

—Pero vamos á ver, María Luisa—le dijo,—tú exageras las cosas, te encuentro mala hoy. Tú dices que yo te echo ¿cómo es eso? ¿quién te echa? tú te vas sola, porque quieres, porque ya no me quieres.

—¡No, no, no y nó! me voy porque se me echa; esa carta es actual y, con seguridad, tirada adrede, ha venido á significarme una expulsión.

—¡Pero cómo puedes pensar eso querida! Mira; si hubiera sido un mal compañero para tí, un despreocupado, un paseandero ¡vaya con Dios! pero has tenido toda mi asiduidad, todo mi entusiasmo. ¿Por qué, pues, no quieres comprender los motivos? Alguna vez yo he estado fuera del matrimonio, cuando no te conocía; he podido entonces tener mis cosas, no digo que no, pero tú, dímelo María Luisa, ¿puedes, razonablemente, exigirme una fidelidad anterior á nuestro amor? ¿Para qué te empeñas, pues, en escarbar ese pasado que yo, hace mucho, he enterrado para siempre?

—¡Oh, es inútil, inútil, inútil! No hay poder humano que me engañe ahora. Estoy sobre aviso desde ayer ¿no lo sabía usted? Ah, ¿no? Bueno, se lo digo ahora. Ayer recibí un anónimo....

Él la miró con una de esas miradas muy hondas y muy largas que llegan hasta el fondo de las cosas, y al convencerse, que de aquella «zoncita»—como él solía llamarla, regalonamente, cuando la consolaba de sus dolores pueriles—no quedaba ya nada en esta otra entidad, todo resolución, todo dignidad, transfigurada por el dolor acérrimo, cuando comprendió evidentemente que la perdía, de veras, para toda su vida, el desgraciado tuvo un silencio de renunciación mortal. De pronto dijo:

—María Luisa, ya que te vas, ya que, posiblemente, nunca volveremos á vernos ¿quieres satisfacerme una curiosidad?

—Sí, estoy dispuesta, como no, la cosa es concluir de una vez....

—Bueno, ¿quieres decirme que hacías, hace un rato, cuando entré?

—Leía—respondió María Luisa con indiferencia.

—¿Este diario, no? volvió á preguntar Carlos María, tomando de sobre el divancito el periódico escurujado.

—Sí.

—Ah, pobre muchacha, ahora me explico tu decisión implacable. Has leído esto ¿no? ¡Este telegrama de la quiebra de la *Compañía minera* donde sabías que tenía invertidos todos mis capitales! Sí, casi estoy por decirte, mi hijita, que has hecho bien. Claro, cuando un marido se ha arruinado bien viene un divorcio por celos. Porque las cosas deben hacerse completas. El fracasado no tiene derecho á exigir simpatía ni clemencia de nadie; no se tiene plata, no debe tenerse hogar, debe dejarse solo, en la calle, completamente solo.

Hablaba sin vehemencia, como un hombre viejo que ha llegado hasta el fondo de la vida, donde se encuentra el tedio.

Y tuvo así, Carlos María, un tono y un gesto tan profundamente lamentables, llenos de una desolación tan grande, pero tan grande, que María Luisa, conmovida hasta la raíz de sus entrañas, no pudo contenerse ya y se arrojó sobre el corazón de su «pobre viejo», deshecha en llanto, transmitiéndole en la tibieza del abrazo y en el lacrimoso balbuceo de sus mimos toda la «efusión de una ternura que se hacía casi maternal, tanto de misericordia, de sacrificio, de amistad y de valentía había en aquel ofrecimiento espontáneo.

—Oh, lo que es ahora me quedo aquí, para siempre, para siempre.

Y la palabra que la causaba tanto miedo antes, repetíala ahora, se encarniaba con ella, como si al brotar le dejara un gustito dulce sobre los labios.

Carlos María se reía estrechando á su mujercita como para que no se le volviera á escapar. Y, cosa estupenda en él: dos gotitas cristalinas, después de formar unas paralelas luminosas sobre sus mejillas palpitaban, con su risa, tímidamente trémulas sobre sus finos bigotes de buen mozo.

—¿Y si te dijera que esa *debácle* no ha sido más que el recurso de un pobre marido amante que se ha agarrado de una mentira, como de una tabla, para no sucumbir?

Y ella, los ojos llenos de lágrimas todavía, con un mimo de casta coquetería conyugal.

—Oh, te la perdono, si, de todo corazón, porque he visto en tu rostro y lo estoy viendo; lo único que quería ver, lo único que me importa en esta vida: que me quieres, que me quieres mucho.

JUAN P. ARENAS.

## VANITAS

(Para LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA)

Gerardo Rodríguez, joven inteligentísimo que conocí años atrás y de quien no tengo noticias hace mucho, era un excelente muchacho bajo diferentes puntos de vista. Guapo él, elegante él y muchos otras cosas.... él.

Su altísimo porte y sus cultas maneras atraían desde el primer momento, haciéndole simpático á todo el que le trataba; su verbosidad inagotable cautivaba y entretenía.

A parte de esas condiciones que contribuían á conquistarle el aprecio de todo el mundo, hablaba varios idiomas, francés, inglés y alemán, y su vasta ilustración le permitía abordar los más diversos temas é intervenir con éxito en todas las discusiones, seguro de lucirse merced á sus múltiples y profundos conocimientos en varias materias.

Pero estas brillantísimas cualidades, que le valieron merecidos elogios en distintas ocasiones, que-

daban oscurecidas á menudo por un pequeño defecto que, á pesar de su insignificancia, producía á la postre malísima impresión en los que tenían oportunidad de observarle con frecuencia.

Me refiero á un exagerado y quizás inconsciente sentimiento del propio valer, á una en cierto modo disculpable vanidad que le movía, á veces, á recordar sus triunfos, deleitándose con su relato, á una especie de *egolatría*, que le impulsaba, sin darse cuenta de ello á citarse como ejemplo en multitud de circunstancias, ensalzando sus propios méritos.

Los que le apreciábamos de veras, sentíamos penoso malestar cuando caía en tal debilidad y nos propusimos corregirle ese defecto, derivado sin duda de la costumbre de alabarle demasiado cuando niño, con la buena intención de alentarle y estimular su afición al estudio.

Pero el asunto era delicado; no queríamos herir su amor propio. Deseábamos que se apercibiese de su constante falta de modestia, sin que se percatase de que habíamos notado su flaqueza. Al fin, varios amigos nos pusimos de acuerdo y formamos nuestro plan.

Habría ocurrido á muchos que habiendo tenido algún hábito ó defecto de poca monta no se dieron cuenta de él hasta que lo notaron en alguno de sus semejantes. Para uno, pasan inadvertidas las propias imperfecciones que en otro saltan inmediatamente á la vista.

Este hecho que se observa frecuentemente nos sugirió la idea que pusimos en práctica cuatro amigos confabulados. Uno de ellos, joven modestísimo que jamás cayó en el defecto que intentábamos corregir á Rodríguez, se brindó á desempeñar el papel de protagonista en la comedia que habíamos urdido.

Aprovechamos la primera oportunidad en que nos encontramos reunidos con la *victima* de nuestras benévolas maquinaciones, para llevar á cabo nuestro propósito.

Hábilmente instigado por uno de nosotros, Gerardo Rodríguez comenzó á exponer sus teorías sobre el arte y la literatura y á hacer el panegirico de sus opiniones, al respecto, que degeneró en su propio panegirico.

Pero el joven designado para tratar de provocar en Rodríguez la reflexión que esperábamos, al revés de otras veces que le escuchaba perorar sin contradecirle, con no fingida admiración, atento entonces á la consigna, comenzó á rebatirle y á hablar de su manera de ver el asunto, ensalzando deliberadamente, de un modo extraordinario, sus ideas sobre el punto discutido y la profundidad de sus conocimientos en esa materia.

Hubo que poner término á la acalorada discusión, para que no degenerase en conflicto, y nuestro amigo, fingiéndose enojado, se retiró de la reunión con marcada expresión de disgusto.

Anheloso de que no se perdiese el fruto de nuestra experiencia, me apresuré á decir, desdenosamente:

—¿Pero han visto ustedes ese pobre Alonso? ¡Qué lástima de muchacho! ¡Qué manera de elogiarse! Sin duda vale, pero no comprende el infeliz que se pone en ridículo al hablar de sus propios méritos.

Y Gerardo Rodríguez saltó al instante:

—Tienes muchísima razón. Hoy estuve insoponible y, sobre todo, es una gran impertinencia pretender compararse conmigo ni en talento ni en preparación ni....

Rodríguez no pudo continuar. Un coro de carcajadas que nos fué imposible contener le interrumpió, llenándole de asombro.

VICENTE NICOLAU ROIG.

**AGUA BLANCA CASANOVAS**  
 Estirpa las pecas, paño, barros, puntos negros, manchas de viruela, etc. de la cara  
**140 AÑOS DE ÉXITO** PRECIO DEL FRASCO \$ 2.55  
 DEPÓSITO GENERAL: HUMBERTO I, 1441  
**JOSÉ CASANOVAS MOLINÉ**

## LOS PASTORES Y LOS MAGOS

¿Cuántos fueron los pastores de Bethlehem? ¿De dónde vinieron estos primeros adoradores de Jesucristo? ¿Qué fué de ellos después de tan gran favor?

Monseñor Gaume, con la paciencia de un benedictino, ha estudiado mucho las tradiciones cristianas, y nos da la siguiente solución á las anteriores preguntas, afirmándola con documentos respetables:

Las crónicas más antiguas, las piedras grabadas de las Catacumbas, los bajo-relieves de los sepulcros, las viñetas de manuscritos orientales, expresan terminantemente que tres fueron los pastores que adoraron á Jesucristo. «Un año antes del consulado de Augusto, bajo el consulado de Léntulo y Mesala, dice Lucio Dextro, nació el Cristo, y se manifestó primeramente á tres pastores, que fueron Santos». «Afirmamos con certeza, dice Benedicto XIV, que sólo hubo tres pastores que adorasen al Divino Niño».

¿De dónde vinieron?

A pequeña distancia de la Torre de Aser, junto á Bethlehem, á la entrada de la llanura, hay hoy una pobre aldea, compuesta de algunas chozas, que se llama en árabe Beth Seour, Aldea de Pastores. Y de allí proceden, según la tradición, los pastores llamados por los ángeles para ir al Santo Pesebre.

¿Qué fué de ellos después?

Fueron, como hemos ya dicho, Santos, y las pinturas y esculturas más antiguas los muestran con el nimbo, señal de santidad: la Iglesia de Oriente celebra su festividad; Santa Elena les construyó magnífico templo sobre la Torre de Aser, y arruinada esta iglesia fueron sus cuerpos transportados á Jerusalem, y en 960 á Ledesma, en España, donde hay una Cofradía de los Santos pastores Jacob, Isaac y José.

¿Y los Magos quiénes fueron?

En los antiguos idiomas orientales la palabra Mago quiere decir sacerdote, sabio, intérprete de los misterios de la ciencia divina y humana.

Dedicados á la astronomía, los Magos formaban numerosa casta con gran influencia sobre los pueblos y conservaban con esmero las tradiciones primitivas.

¿Qué fué de los Magos después de su adoración al Niño-Jesús?

### EN EL «GRAN ECUATORIAL»

Miro á lo alto. Sirio, vacilante,  
en la nocturna calma parpadea;  
su corte de satélites pasea  
Júpiter, en la sombra fulgurante.

Saturno brilla,—broche de diamante,—  
en la lejana inmensidad.... La idea  
del infinito, para mí clara,  
y busco el «más allá», siempre distante.

Melanzo en pos de innumerables mundos;  
surco abismos, abiertos á mi vuelo,—  
cuanto más escrutados más profundos;—  
la grandeza sin límites me aterra;  
y absorto miro desde el alto cielo,  
la pequenez soberbia de la Tierra!

ENRIQUE E. RIVAROLA.

La Plata, 10 de diciembre de 1905.

De regreso á su país fueron fervorosos apóstoles del Niño-Dios y predicaron su religión.

El año 44 en nuestra era, el Apóstol Santo Tomás partió para las Indias, atravesó la Arabia y halló á los Reyes ya ancianos, graves y muy agradecidos al recuerdo de su visita al Niño divino de Bethlehem. Los bautizó y enfervorizó en su celo apostólico, que Dios se dignó coronar con el martirio.

Sus reliquias fueron transportadas á Constantinopla y después á Milan, donde aún hoy se pagan dos thalers (17.50 francos) por visitar su sepulcro, de inaudita riqueza.

En cuanto á la estrella de los Magos, dice Santo Tomas de Aquino que no fué cometa ni meteoro, ni astro alguno de los que vemos brillar en el firmamento. Fué una estrella creada expresamente en la región del cielo mas próxima á la tierra, y que se movió, no según las leyes ordinarias del sistema planetario, sino según la voluntad libre del Omnipotente. Viéronla los Magos en Oriente (la Arabia está al Oriente de la Judea). Allí se les apareció y les sirvió de guía para conducirlos á Judea. Sabedores del oráculo de Balaam, la esperaban y conocieron lo que expresaba por una iluminación sobrenatural.

No podemos menos de referir la siguiente preciosísima leyenda de los Reyes Magos:

Cuando la Virgen Maria estuvo en el establo de Bethlehem, sin pan ni fuego, calentando con su aliento al Niño-Jesús, entre el buey y la mula, vió venir á los Reyes Magos y sintió no tener nada que ofrecer á su llegada. Ocultó su dulcísimo semblante bajo su velo y lloró silenciosamente. De repente dos ángeles con alas azules aparecieron en el fondo de la rústica gruta, besaron los pañales del Niño divino y dijeron á la Santísima Virgen:

«Dios nos envía para echar la pena de vuestro corazón; he aquí blanquísima harina para remediaros». Y desplegando sus alas se remontaron al cielo.

Maria entonces se levantó, la amasó con sus blanquísimas manos, y en un momento la perfeccionó, convirtiéndose en inmensa torta, de la que la Virgen Maria tomó la mejor parte diciendo:

«Esta es la parte de Dios».

Y desde entonces se estableció la costumbre en las familias cristianas de comer una torta el día de Reyes, separando ante todo la parte de Dios, que se da al primer mendigo que se presenta.

### BLASON

Soy el cantor de América autóctono y salvaje;  
mi lira tiene un alma, mi canto un ideal.  
Mi verso no se mece colgado de un ramaje  
con un vaivén pausado de hamaca tropical...

Cuando me siento Inca, le rindo vasallaje  
al Sol, que por fortuna me dió su sangre real;  
cuando Vincy me siento y evoco el Colonaje,  
parecen mis estrofas trompetas de cristal.

Mi fantasía viene de un abolengo moro:  
mis Andes son de plata, pero mi León es de oro,  
y las dos costas fungo con épico fragor.

La sangre es española é incaico es el latido;  
¿y de no ser Poeta, quizás yo hubiese sido  
un blanco Aventurero ó un indio Emperador!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Madrid, 1905.



ING. JORGE DUCLOUT. — «TRANQUILIDAD»  
Gran premio

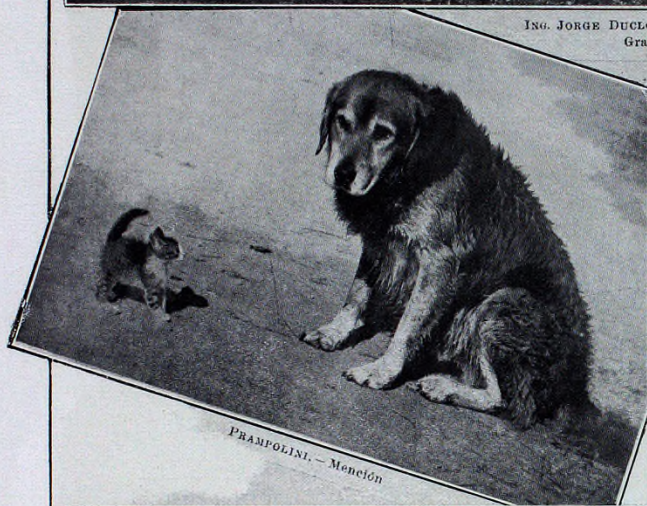
## SOCIEDAD FOTOGRÁFICA

### NUEVO CONCURSO

No basta copiar del natural para que una obra resulte de un realismo bello; es menester dar con la mayor suma de belleza dentro de la verdad. De ahí que para que la máquina fotográfica dé notas simpáticas y hermosas aún copiando del natural, es indispensable que la maneje un artista. Y como el arte, para que se muestre en todo su esplendor, debe huir del utilitarismo, se comprende que una de sus manifestaciones, la fotográfica, haya logrado reunir a un ya numeroso grupo de personas que no viviendo de ella, la consagran cariñosamente horas robadas al descanso.

De que hay en la Sociedad Fotográfica artistas de verdad buena prueba son las obras actualmente expuestas en el local social. Al pretender reproducir algunas tropezamos con la dificultad de la elección: las que aparecen en la presente página dan una idea de la valía de este concurso que ha constituido un verdadero éxito para la Sociedad Fotográfica á la que enviamos nuestros plácemes.

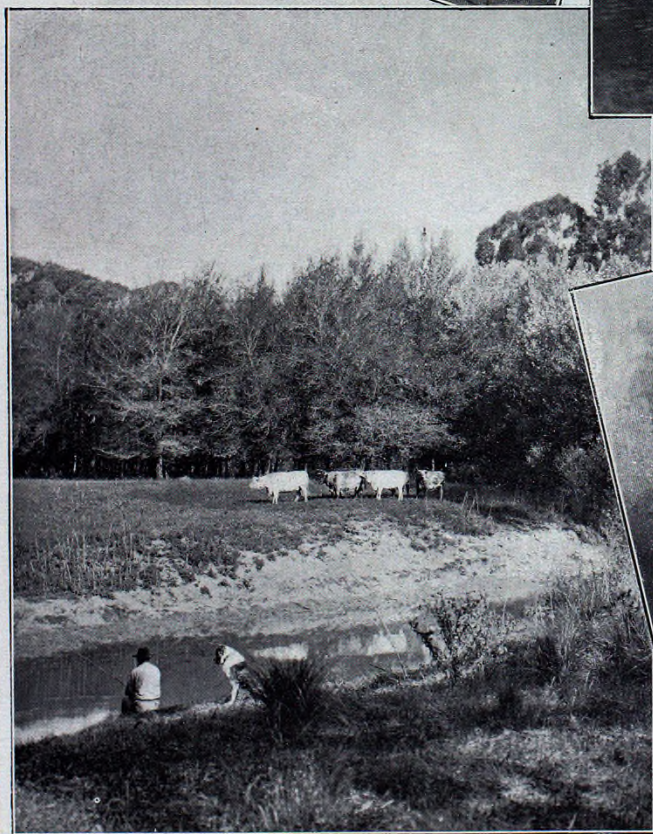
En alguno de los números siguientes reproduciremos aquellas fotografías que, á nuestro juicio, merezcan los honores de la publicidad.



PRAMPOLINI. — Mención



LEMA «SUNEN». — SR. ANTONIO MONTES  
Medalla de plata (2º grupo)



LEONARDO PEREYRA. — Medalla de plata



LEMA «VOIGTIANDER»  
SR. RICARDO GUTIERREZ SAENZ VALENTE  
Medalla de plata

*EL Dr. ROQUE SAENZ PEÑA EN LIMA (Perú)*

Las fiestas celebradas en Lima en honor al doctor Sáenz Peña, y que comenzaron no bien puso pie en aquella tierra amiga, hicieronle olvidar sin duda las pocas comodidades del viaje.

En la presente página aparece nuestro ilustro compatriota vistiendo el honroso uniforme de general del ejército peruano; una vista del baile que le fué ofrecido por el Club Nacional; y otra del teatro Politeama, tomada durante la velada organizada en su honor por los Colegios de Lima.

El pueblo peruano ha demostrado una vez más, lo que de veras agradecemos, el amistoso cariño que siente por el doctor Sáenz Peña y por los argentinos, y si el elocuente doctor no olvidará jamás las pruebas de cariñosa simpatía de que ha sido objeto durante su permanencia en aquella nación amiga, en cuanto á nosotros esta nueva muestra de afecto, es otro sillar más aportado á la confraternidad peruano-argentina.

## EL DIA DE REYES

## CARTA SIN SELLO

Que no se me culpe de indiscreto porque doy a la publicidad la siguiente carta que la casualidad ha puesto en mis manos. Me parece tan hermosa la idea de la firmante de la carta, que su ocultación sería un crimen. Si algunas lectoras, no algunas, una sola, acepta la indicación y la pone en práctica, ¡qué satisfacción tan íntima para la desconocida Julia!

Dice así la carta:

«Mi atolondrada amiga: Si recibí tu carta que no contesté antes porque pensaba hacerlo personalmente. ¡Cómo suponer que nos habíamos ido al campo sin ir a abrazarte! Enfrena tu imaginación para que no te venda por verdades lo que son simples suposiciones. No olvides que es grave pecado dar por cierto lo que sólo suponemos en desdoro y perjuicio de nuestros semejantes.

¡Qué dineral piensas gastarte en juguetes para Alicia! Soy madre como tú, y adivino cuanto placer te proporciona el día de Reyes y tu alegría ante las sorpresas de tu hija. A cada infantil grito tu corazón brincaré alborozado, y en aquel instante no te trocaras de cierto por la dama de más elevada alcurnia. Te comprendo y me explico tus esplendideces, y casi las disculpo porque ¡qué madre no goza al ver la alegría de sus hijos!

También yo, querida mía, me preocupo de Ema, y hace días rno calles y visito tiendas para dar con juguetes que, sin ser costosos, puedan ser de su agrado. Probablemente haré lo del año anterior.

¿No te lo conté? ¿No? Pues oye el relato y dime después cual sistema es mejor, si el tuyo ó el mío.

Tanteé antes mi bolsa; eché mis cuentas y resolví gastarme 25 pesos en juguetes. Compré en un

bazar de lujo una muñeca que me costó 5 nacionales y dos juguetitos más; total 12 pesos. Destiné los tres a Ema. Después me fui a otra tienda más modesta, y en juguetes de poco precio gasté los 13 pesos que me quedaban. ¡Si supieras cuantos me dieron! ¡Casi no cabían en el carruaje! Se colocó todo en grandes bandejas que momentos antes de levantar á mi hija se pusieron en el balcón, y renunció á pintarte la alegría de mi tesoro cuando vió tanto juguete.

Dejé que sus ojos se saciaran de admirarlo todo, y que sus manecitas de algodón lo manosearan todo, y que diese cuerda, con mi ayuda, á los juguetes de movimiento. Y cuando comencé á notar hastio la propuse ¡á qué no acertas! á que regalase á niños pobres los juguetes que ella no quisiera. Tropecé al principio con algo de resistencia, pero poco á poco mi querida hija fué cediendo y al cuarto de hora estaba dispuesta á regalarlo casi todo. ¡La pobrecita se me iba ahora del otro lado! La vestí y acompañada por la mucama María, que ya conoces, se fueron al conventillo que queda á media cuadra de casa, y allí distribuyó á niñas y á niños lo que se le había puesto en la bandeja.

Lo que gozó Ema aquella mañana es indecible. Daba gusto oírle relatar en su media lengua los apuros de los *conventilleros* para obtener algún juguete, y su sorpresa cuando ya se sabían dueños de él. Por cierto que una de aquellas pobres niñas, y á cambio de no sé qué juguete, le regaló á Ema una muñeca hecha de trapos, si éstos muy limpios, de confección poco artística.

Proporcioné, pues, á mi hija, en día tan señalado dos placeres: el de recibir los juguetes que los Reyes le mandaban, y otro mayor, el de distribuir á niños pobres los que le sobraban. Te aseguro que, me sería difícil decir con cual de ellos gozó más.

Ahora bien. Lo que hice el año anterior, porque á mi hija y á mí nos dejó grato recuerdo, pienso repetir éste. ¿Qué te parece? ¿Te agrada nuestro invento? Si te place puedes copiarlo pues no se me ha ocurrido sacar privilegio de invención.

Adiós porque ya he hablado demasiado. Antes de nuestra ida al campo he de visitarte, te lo prometo; tu amiga,

JULIA.

Por la copia.

J. VARGAS PONTE.

## BIBLIOGRAFIA

BIBLIOTECA PATRIA.—La administración de esta Biblioteca nos ha obsequiado con un ejemplar de cada uno de los diez tomitos publicados hasta la fecha cuyos títulos y autores son:

*La golondrina*, por E. Menéndez Pelayo.  
*La tonta*, por R. de Solano Polanco.  
*Epistolario*, por Federico Santander.  
*Almas de Acero*, por José Rogerio Sanchez.  
*La hija del usurero*, por Estanislao Maestre.  
*La cadena*, por M. Amor Meilán.  
*Engracia*, por R. Pamplona Escudero.  
*Selectos*, cuentos, por varios.  
*El buen sentido*, por Alfonso Pérez Nieva y  
*Cariños*, por Angel Guerra.

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA DE LAS INSTITUCIONES LOCALES DE CUBA, por el doctor F. Carrera y Justiz. —Habana—1905.—Sin tiempo para leer, y por consiguiente apreciar, dos voluminosos tomos en que se estudia el municipio desde sus orígenes, nos limitamos á acusar recibo de ellos y á agradecer su envío. A juzgar por el índice es una valiosa

## Pureza del Cutis

CONSERVADA Y RECOBRADA CON

## La Leche Antefélica ó Leche Candés.

Esta preparación, cuyo invento se remonta al año 1849, debe sus propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia medicat atemperada por proporciones rigurosamente determinadas y cuya acción no traspasa las capas superficiales de la piel.

## 1.º DOSIS BENIGNA

Empleada en esta dosis, es decir, mezclada con más ó menos agua (véase la manera de emplearse), la *Leche Antefélica ó Leche Candés* es ciertamente la más sana y más útil de las aguas de tocador. Entretenida los poros libres; depura, tonifica y fortifica insensiblemente los músculos de la cara, conjurando de este modo, retrasando ó borrando las arrugas; destruye los granos sin repetirlos; disipa el solano, la rubicundez, las eflorescencias faringeadas y fufuráceas, las rugosidades y demás alteraciones de la superficie del dermis; combinado con un tratamiento interno, restituye el color natural á los rostros barrosos; precave generalmente en los adultos (tara vez en los adolescentes) la reproducción de las pecas, que hace desaparecer en dosis estimulante; conserva la piel del rostro clara, tersa y transparente.

## 2.º DOSIS ESTIMULANTE

Empleada en esta dosis, es decir, en estado puro ó mezclada con igual cantidad de agua (según la delicadeza de la epidermis), la

*Leche antefélica ó Leche Candés* destruye las efélidas y el lentigo, manchas redondas y rojizas que suelen salir en el cutis. Bajo la influencia de estas lesiones, ha escrito un sabio doctor, sobreviene escozor y un fuerte sentimiento de tensión, acompañado de una ligera tumescencia local; poco después la epidermis, que adquiere un color pardo subido, se seca y se produce una descamación bajo forma de pequeñas escamas, que deja á descubierto la piel blanca y fresca, sin ninguna huella de las manchas que antes la cubrían.

Como se ve, si el tratamiento en dosis estimulante (siempre sin peligro, la repetición) es enérgico, su eficacia es soberana.

Tales son las propiedades cosméticas—afirmadas por observaciones médicas y consagradas por largos años de experiencia—que desde 1849 han extendido por el mundo entero el uso de la *Leche antefélica* contra las alteraciones accidentales de la piel del rostro y para la conservación de la pureza y tersura del cutis.

## MANERA DE EMPLEARSE SEGÚN LOS CASOS

I. DOSIS BENIGNA Y AGUA DE TOCADOR.—Agitar el frasco hasta que el líquido haya cobrado una apariencia lechosa; verter en un platillo la cantidad de una cucharada de café; añadirle: 1.º, una ó dos veces otro tanto de agua para la rubicundez ó rostro barroso; 2.º, dos ó tres veces otro tanto contra la solana, las arrugas prematuras, los granos, las rugosidades, grietas, eflorescencias faringeadas ó fufuráceas y demás alteraciones accidentales; 3.º, tres ó cuatro veces, como agua de tocador, para conservar la piel del rostro firme y tersa. Con estas mezclas, empapar un trapito de hilo y humedecer dos veces al día el sitio de las afecciones. Como agua de tocador, una loción basta, con preferencia por la mañana, algunos minutos antes de lavarse.

II. DOSIS ESTIMULANTE contra las PECAS ó LENTIGO.—Los dos primeros días, añadir á una pequeña dosis de *Leche* vertida en un platillo una cantidad igual de agua, dosis que hay que continuar si los efectos descritos más abajo empiezan á producirse; si no, desde el tercer día se emplea la *Leche* en estado puro, y se humedecen, sin frotar, las manchas, una vez, dos veces, tres veces á lo sumo durante el día (según la delicadeza del cutis), hasta que la epidermis que las cubre, pasando por dos fases previstas y siempre sin gravedad—1.º escozor más ó menos vivo; 2.º ligera tumescencia acompañada de un sentimiento de tensión,—haya recobrado un color pardo y se seque. Obtenido este resultado, se opera con adición de tres cuartas partes de agua. La epidermis se exfolia, y la piel momentáneamente roja, aparece (después de diez ó quince días de tratamiento), blanca y fresca y libre de las manchas que la empañaban.

Aprobación de la Academia de Medicina

**PILDORAS Y JARABE DE BLANCARD**

ALIMENTO DE HIERRO INALTERABLE

ANEMIA  
CLOROSIS  
LEUCORREA  
ESCRÓFULAS

Exigir BLANCARD 40, Rue Bonaparte, Paris

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

**PATERSON**

PASTILLAS y POLVOS

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

**RÊVE D'OSSIAN**

PERFUME PENETRANTE

L. LEGRAND

11, PLACE de la Madeleine PARIS

DE VENTA EN LAS BUENAS PERFUMERIAS

contribución al estudio de la joven República antillana.

PSALMO A VENUS CAVALIERI, por Roberto de las Carreras.—La librería de J. Menéndez nos ha obsequiado con un ejemplar de esta obrita que... está fantásticamente impresa y lujosamente presentada.

ALMANAQUE-JOYA 1906.—La casa Escasany hermanos acaba de publicar este almanaque, que, por su fondo y forma, nos recuerda aquel «Almanaque Sud-Americano» del regocijado Prieto.

Su selecto material de lectura, las bonitas ilustraciones que lo engalanan y su nítida impresión hacen de este Almanaque un libro simpático y recomendable. Agradecemos el envío.

ALMANAQUE DEL MENSAJERO.—El correspondiente al próximo año de 1906 es un libro de 230 páginas repletas de datos, hechos e informes de positiva utilidad para el público.

ALMANAQUES DE PARED.—Hasta nuestra mesa de redacción han llegado los publicados por la fábrica de engrudo de los señores Turini y Obertini; señores Peters Hermanos, anunciadores del Cognac Hennessy y del Champagne Ayala; señor Eugenio Widmayer, aparatos y materiales para fotografía; señor Angel Peluffo, semillas y plantas; señores Escasany hermanos, joyería; y señores A. M. Del-fino y hermano.

Agradecemos el recuerdo.

La ya citada casa Widmayer ha obsequiado a sus amigos con una carpeta de escritorio provista de un útil Agenda.



TEATROS

### REVISTA Á VUELA PLUMA

Siempre coincide la entrada de los grandes calores con la desaparición de las pocas compañías teatrales que afrontan los encantos ó desencantos de la temporada primaveral.

Algunas se atreven á sostener la lucha con el público hasta pasar las fiestas de Navidad, Año Nuevo y Reyes, pero apenas sus majestades Melchor, Gaspar y Baltasar hacen su obligado tránsito por las ciudades donde se rinde culto á la tradición, las compañías á que aludimos cesan en su lucha, y se van á otra parte, no con viento fresco, puesto que esto es lo que van buscando, sino con aire de triunfo y de conquista, aunque muchas veces desconozcan el olor del laurel y no sepan de qué color es el metal amarillo.

Más de un empresario existe que trae á la primera artista de su compañía como verdadera estrella, y en ella fía y confía como los reyes magos en la que les guió á Belén, pero á fin de temporada resulta que el empresario ha estado en Belén sin moverse de su teatro, y entonces invoca su mala suerte y maldice de su estrella.

Dejando á un lado estas disquisiciones, podemos decir que las compañías que han actuado en esta segunda quincena de diciembre se han portado como buenas; otros años no hemos presenciado en

esta época espectáculos como los que nos han dado los teatros abiertos en los postrimerías de 1905.

En el Politeama hemos podido deleitarnos con las bellezas sin par de *El maestro di cappella*, primorosa obra del maestro Paër que no sabemos por qué causa estaba sin desempolvar de los archivos. La Gobatto, Búcalo y Colombo la dieron vida con arte y gusto exquisito. Aineto, en el Victoria, nos hizo oír en español la popular *Tosca*, muy bien secundado por la compañía lírica que allí actúa.

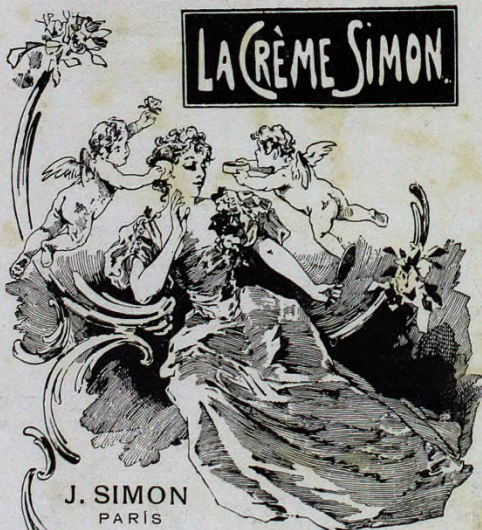
La última producción de Galdós, *Amor y Ciencia*, se nos ha dado en el Argentino, aunque con precipitación tan inexplicable que los actores sólo sabían que no sabían los papeles.

En la Comedia, la compañía que dirige Haza nos ofreció otra novedad, aunque novedad vieja: *Luchas electorales*, de Sardou.

El Mayo, también nos ha dado buena tanda de estrenos, unos verdaderos y otros ya estrenados, raro privilegio de los teatros por secciones. A la par de estos estrenos se han celebrado también gran cantidad de beneficios, con los cuales es práctica que nunca salga beneficiado el público.

En el Rivadavia, adonde pasó Lerena, se han presentado una gran variedad de melodramas populares, y, por fin, en el Casino, Coliseo Argentino y demás locales del género no han faltado las novedades y los números de atracción.

Se ve, pues, que la quincena ha sido aprovechada, pero pasadas las fiestas de pascuas y año nuevo, veremos como se cierran la mayoría de los teatros, temerosos los empresarios de no poder subir la penosa cuesta de enero, y entonces los espectáculos de Buenos Aires quedarán reducidos á su más mínima expresión, por lo que quizás, siguiendo la costumbre de otros años, enmudezca el cronista que esto escribe hasta la próxima temporada de invierno.



J. SIMON  
PARIS

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS, BAZARES, PERFUMERÍAS Y MERCERÍAS

Desconfiar de las imitaciones

recuerda á sus bellas  
clientes que continúa  
**SIN RIVAL**

PARA  
SUAVIZAR  
BLANQUEAR  
y ATEROPIELAR  
el cutis de la cara y  
de las manos.

No emplear con ella  
más que los  
**POLVOS de ARROZ**

**SIMON**  
Y EL  
**JABÓN SIMON**

Irreemplazable para  
aliviar las picaduras  
de los insectos ; ;

Curación de las enfermedades del ESTÓMAGO y de los INTESTINOS **CARBÓN FRAUDIN**

**OJO!**  
Según opinión unánime el **CARBÓN FRAUDIN** Granulado

el único medicamento específico de las ENFERMEDADES del Estómago y de los Intestinos

**EFFECTO SORPRENDENTE!**  
Maravillosos resultados

Adoptado por las celebridades medicas de todos los países.

**E. FRAUDIN, ARIS-BOULOGNE**  
Se halla en todas farmacias y droguerías.

**LINIMENTO GÉNEAU**  
40 Años de Exito  
No mas **FUEGO**  
No mas **Peladuras**

MARKA DE FABRICA  
Solo TOPICO  
reemplazando el Fuego dolor al cañal del pelo, cura rápida y segura de las Golejas, Esparavanes, Sobresueños, Torceduras, etc. Revulsivo y resolutivo.

Pela SEGUIN, 165, Calle St. Honoré, París y todas farmacias

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS de DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los SNTS PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

Pour toute la publicité française destinée á ce journal, s'adresser exclusivement á la

**Société Mutuelle de Publicité**

61, Rue Caumartin  
PARIS

A. LORETTE, Directeur

Reconstituyente general, Depresión del sistema nervioso, Neurasthenia, Exceso de trabajo.

**FOSFATO-GLICERATO DE CAL PURO**

**NEUROSINE PRUNIER**

NEUROSINE-JARABE - NEUROSINE-GRANULADA  
NEUROSINE EN OBLEAS

DEPOSITO GENERAL:  
CHASSAING y C<sup>a</sup>, Paris, 6, avenue Victoria.

Debilitad general, Anemia, Raquitismo, Fiebre, Jaquecas.